
NO HAY RELIGION MAS ELEVADA QUE LA VERDAD

L
OTO
LANCO

MENSUARIO TEOSOFICO

MARIO

AÑO XV Núm. 175 JULIO 1931

EL LOTO BLANCO

Organo de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

DIRECTOR
FEDERICO CLIMENT TERRER

REDACTOR-JEFE
JOSÉ DE VIA

CONSEJEROS-REDACTORES: D. Attilio Bruschetti, D. Juan Coll y March, D. Julio Garrido, D. Luis G. Lorenzana, Dr. Mario Roso de Luna, y D. Fernando Valera.

EL LOTO BLANCO se publica mensualmente en cuadernos que forman al año un volumen de cerca 500 páginas.

Precios de suscripción: España, 10 ptas. anuales.
Repúblicas hispano-americanas 12 ptas. anuales o 2 dólares.

Las suscripciones se pagan por adelantado, y en el caso de que los suscriptores no avisen en sentido contrario durante el primer trimestre del año, entenderemos que continua la suscripción.

PARA CORRESPONDENCIA RELACIONADA CON LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACCIÓN, GIROS, ETC. DIRIGIRSE AL APARTADO 954. BARCELONA (ESPAÑA).

Julio 1931 Núm. 175



MENSUARIO TEOSÓFICO

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores en las traducciones.	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al Apartado 954. Barcelona - España.

El porvenir de la Sociedad Teosófica

por Annie Besant, P. S. T.

(Traducido de «The Theosophist», de febrero de 1931.)

Discurso de apertura de la Convención celebrada en Benarés, en diciembre de 1930.

AMIGOS:

Nos hemos reunido aquí esta mañana en nuestro carácter de miembros de una organización de amplitud mundial: la Sociedad Teosófica. Con frecuencia he deseado que este nombre hubiera sido traducido al inglés, de modo que ahora nos llamásemos «Sociedad de la Sabiduría Divina». Habríamos así evitado un peligro. Porque cuando una Sociedad dura muchos años, existe siempre hasta cierto punto el peligro de que llegue a la cristalización de su pensamiento y de sus métodos de actividad. Si tal tendencia llegara a sobreponerse a la libertad de pensamiento y de discusión, convertiríase la Sociedad en una rémora para el progreso del mundo, en vez de constituir una inspiración. No podemos evitar enfrentarnos con tal peligro, a medida que transcurren los años; pero el hecho de reconocerlo como tal, es ya, en verdad, tener a medias ganada la victoria.

En todas partes y en todos los momentos debemos recordar que, tanto en lo que se refiere a nuestra influencia sobre el mundo en general como a la que ejerzamos sobre nuestros miembros más jóvenes, la vida de la Sociedad depende de que continúe siendo

una Sociedad donde el pensamiento goce de plena libertad y sea estimulada la más franca discusión. Cualquiera que posea—o que se figure poseer—una idea, una verdad que dar al mundo, debería ser estimulado a ponerla de manifiesto, de modo que todo miembro pueda ejercitar su propio y libre juicio con respecto a la verdad o al error que tal idea encierre. El intelecto del hombre es, o debiera ser, la gran fuerza propulsora en el mundo del pensamiento; y para que ese intelecto actúe de modo útil sobre el mundo, habrá de hacer del bien común, del bienestar general del mundo entero, la inspiración que lo impulse a la actividad.

No hay más que una cosa, como sabéis, que todo el que entre en la Sociedad Teosófica esté obligado a aceptar, y es la existencia de la Fraternidad Universal como Ley de la Naturaleza. Pero la mera aceptación mental de la Fraternidad Universal no es más que un fragmento muy pequeño de nuestra labor. Todo miembro de la Sociedad debería tratar, hasta el extremo límite de sus fuerzas de *vivir* la Fraternidad Universal, de llevarla a su corriente vida cotidiana; no sólo emplearla como potente luz arrojada sobre el sendero del recto pensar, sino darse cuenta de que la Fraternidad, para ser digna de su nombre, ha de manifestarse en forma de actividad fraternal.

Por consiguiente, conviene estar alerta frente a los peligros que amenazan a todo movimiento a medida que prolonga su existencia, año tras año, década tras década. El gran peligro que se cierne sobre todos esos movimientos es lo que podríamos llamar cristalización; consiste, para decirlo con una frase corriente, en encerrarse en una rutina particular, porque resulta más fácil marchar por un sendero ya trazado que crear rutas completamente nuevas. Pero precisamente la vitalidad de cualquier Sociedad, en su aspecto intelectual, ha de depender de que el intelecto permanezca siempre abierto a la entrada de nuevas ideas, de nuevas corrientes mentales, y siempre capaz de estimar cada una de ellas exclusivamente por lo que en sí valga, en el sentido de si conviene o no al bienestar general, y en definitiva, al bien del mundo entero. Debemos, pues, estar en guardia para no cristalizarnos. Tal es el primer peligro que nos acecha. Hemos de estimular la expresión de todo pensamiento original, la franca y abierta expresión de toda idea nueva. Todo progreso intelectual es iniciado por alguien que ha atisbado un vislumbre de una verdad desde un ángulo distinto del que rige la percepción de cuantos lo rodean.

Hemos de facilitar el camino a todo pensamiento nuevo para que se exprese en la Sociedad Teosófica; hemos de estimularlo con toda actividad. Por ejemplo, debiéramos darle siempre cordial acogida en nuestras logias. Cualquier asunto interesante que se

presente ante una logia deberá ser plenamente discutido desde todos los puntos de vista mentales que los miembros sean capaces de adoptar. Pensar libremente es cosa muy difícil, especialmente a medida que la Sociedad avanza en años. Es mucho más fácil hollar el sendero trillado que desbrozar un sendero nuevo a través de la ilimitada selva de la verdad. Hemos de hacer fácil a todos nuestros miembros el expresar una idea nueva. Según debéis saber por experiencia propia, la mente tiende poderosamente a repetirse, es decir, a diferenciarse únicamente de un modo que, si bien se le analiza, es diferencia de palabras y no de pensamientos. Yo opino que la vida de la Sociedad Teosófica depende en grandísima parte del estímulo que ofrezcamos al pensamiento nuevo, original, por repulsivo que resulte ser para alguna idea que desde antes hubiéremos sustentado y encarecido como cosa verdaderamente noble. Verdad es lo que Milton dijo un dia: «Luchen la Verdad y la Mentira. ¿Quién vió jamás que la verdad perdiera en lucha franca a campo abierto?» Es preciso recordar muy expresamente las palabras «franco» y «abierto». Es preciso que no permitáis que un individuo sea acallado por un número cualquiera de opositores demasiado aferrados a sus prejuicios, para ser capaces de atender a la idea nueva que él anhela expresar. Animadlo siempre, aunque él a tientas titubee. Mas tampoco habéis de precipitaros a aceptar una idea nueva antes de examinarla cuidadosamente, analizándola en cuanto alcance vuestra potencia intelectual, poniéndola a prueba hasta comprobar qué es en verdad lo que se ha llamado «recto pensar». Porque hay muchas cosas que nos apartan del recto pensar, y entre ellas, los viejos prejuicios con que nos hemos encariñado; muchos de estos prejuicios nos han sido transmitidos como herencia, y otros surgen de los convencionalismos que nos rodean, y que en gran parte se convierten en peligros más que en contribución a la utilidad de nuestra Sociedad.

A este respecto, una respuesta que leí hace muchísimos años, respuesta que dió un grande hombre a la pregunta que imaginara un día que Dios le dirigiera: «Si Dios me preguntara: ¿Qué quieres, la verdad absoluta, o la búsqueda de la verdad?, yo le contestarla: Elijo la Búsqueda de la Verdad, porque la Verdad Absoluta sólo a Tí pertenece.» Esta es la respuesta de un hombre a mi juicio tan sabio como humilde. La verdad absoluta es infinita, no tiene límites, no tiene barreras que hayan de ser confrontadas y derribadas.

Cuando dudéis, dejad el juicio en suspenso; pero no rechacéis la idea. Mantened siempre abierta la mente, una mente que trate de comprobar siempre si cualquier creencia necesita una nueva

revisión, de modo que se adapte a nuevas circunstancias. Observad si vuestras creencias se están convirtiendo en hábitos carentes de vitalidad en vez de palpitar con siempre renovada vida intelectual.

Hemos de darnos cuenta de que a medida que nuestra Sociedad avanza en su carrera necesitamos estar en guardia contra un peligro especial : el de la repetición de cualquier frase que no sea verdaderamente la expresión viviente de nuestro propio pensamiento; porque así es como las ideas llegan a convertirse en dogmas. Ahora bien : un dogma es una opinión basada sobre la autoridad. Examinadla pues. No la aceptéis a ciegas, sin cuidadoso examen de las credenciales intelectuales, emocionales y morales que presente quien la exponga.

Un gran deber que nos obliga, a nosotros los ancianos, para con la juventud de cada país, consiste en recordar que el progreso de un país depende del pensamiento de su juventud. Las expresiones del pensamiento nuevo, formuladas por los jóvenes, no debieran ser en modo alguno obstaculizadas por los mayores. Estos podrán dirigir preguntas que ayuden al joven pensador, llevándolo a comprobar el valer de sus ideas, pero jamás deberán ser éstas reprimidas por la autoridad. Que toda idea nueva sea tomada en cuenta, y más aun, estimulada a salir al mundo a hacer fortuna o a fracasar, según su positivo mérito intrínseco. Lo que llamamos error es, como señaló Ford, simple falta de experiencia, y esa falta viene a suplirla precisamente el supuesto error. La juventud es necesaria para la continuación de la vida y del crecimiento del Movimiento Teosófico.

Otro peligro existe, que puede considerarse como más discutible que el que acabamos de indicar, y es el temor. Necesitamos intrepidez. Verdad es que el peligro ejerce en ocasiones una especie de fascinación sobre algunas personas, y esto embota el criterio puramente intelectual. Y no obstante, puede ser que no se trate de lo esencial de una idea, sino de un atractivo de su apariencia externa. Tampoco hemos de temer al hecho de dejar el juicio en suspenso, y de confesarlo francamente. No hay necesidad de que expresemos una opinión sobre todo lo existente; pero sí es esencialmente importante que poseamos algunos grandes principios céntricos que guíen nuestra vida. Mas no hemos de temer al hecho de reexaminar estos mismos principios, de tiempo en tiempo, en caso de que la diligencia de circunstancias externas, o nuestra propia juventud, más bien que nuestro crecimiento evolutivo, ofrezcan la posibilidad de algún nuevo punto de vista que consideremos merecedor de atento examen.

Hay algunas ideas que me parecen vitales para el crecimiento

de la Sociedad Teosófica. Personalmente, opino que el crecimiento de la Sociedad Teosófica depende en grandísima parte de la existencia de cierta proporción de miembros que crean firmemente en la existencia de los Maestros; pero aquéllos no han de tratar jamás de imponer esa opinión a los demás, manteniéndose, al mismo tiempo, siempre dispuestos a dar las razones que apoyan esa firme creencia. Desde el momento en que una idea se apoya sobre la autoridad para solicitar ciega adhesión, es preciso comenzar a sospechar de tal autoridad. La verdad ha de ser capaz de enfrentarse con todas las dificultades, de tratar de responder a todas las preguntas y si no sabemos dar respuesta a alguna, hemos de declarar con franqueza que por el momento no nos sentimos capacitados para avanzar una opinión definitiva. Debemos examinar una y otra vez nuestras convicciones, siempre prontos a escuchar los argumentos que les sean contrarios, y a sopesar esos argumentos lealmente y sin prejuicios en toda la medida que alcancemos. Es muy posible que no estemos todavía suficientemente desarrollados como para juzgar del valor de alguna cosa a primera vista. Experimentamos cierta repulsión a sopesarlas con toda lealtad en la balanza del intelecto; pero a menos que nos propongamos examinar y reexaminar una y otra vez nuestras convicciones, detendremos nuestro crecimiento intelectual.

Hay una frase en las Escrituras hebreas que cito con mucha frecuencia, porque, para mí, tiene enorme importancia, bien se la exponga en forma alegórica, como se hace muchas veces, o bien se la exprese en llanas y sencillas palabras. Tomemos, por ejemplo, la impresionante forma alegórica que ofrece el pensador dedicado a la búsqueda de Dios : «Si subo a los cielos, allí Te encuentro»—esto parece muy natural; pero : «Y si hago mi lecho en el infierno, he ahí que allí Te hallo también». Esto está expresado en lo que puedo llamar forma alegórica; pero contiene una profunda verdad. Lo único que da vida a una falsedad es el fragmento de verdad que en ella se encierra. Una Escritura Hindú muy conocida dice que «sólo la verdad persiste; la mentira se desvanece». En asuntos de enorme importancia para nosotros, y lo que es más aun, para los demás, debemos ejercer el más escrupuloso cuidado en excluir, en todo cuanto nos sea posible, nuestros propios prejuicios, nuestras ideas atávicas; así como examinar éstas hasta averiguar hasta qué punto son verdaderamente nuestras o sólo un eco del pensar ajeno.

No hay nunca peligro en examinar una y otra vez una verdad. Más y más iluminadora resurge a medida que la observamos bajo una nueva luz. Por consiguiente, debiéramos todos—y especialmente al tratar con aquellos sobre quienes podamos ejercer algu-

na autoridad, por la edad o por la experiencia—cuidar de poner a prueba repetidamente todas nuestras conclusiones intelectuales y emocionales, con objeto de sopesar debidamente cuanta idea se nos proponga. Algunos problemas pueden resolverse con gran rapidez. Algunos, aunque inútiles para unos, pueden ser útiles a los demás. De tiempo en tiempo, refulge en las Escrituras Hebreas a que antes aludí, un pensamiento profundísimo: «La Sabiduría Divina—nos dicen—poderosa y suavemente ordena *todas las cosas*». De modo que todas las cosas, por el hecho de su existencia, merecen que se las examine, en virtud de la verdad por fragmentaria que sea, que puedan contener. Y también se nos dice: «¿Acaso habrá mal en una ciudad, y no lo habrá hecho el Señor?» ¿No sugiere esto que el mal no es sino el bien imperfecto? ¿Y qué habrá de convertirse en bien?

Fijándonos en esta idea como regla de vida, nos será posible hasta cierto punto evitar los prejuicios, y yo me siento inclinada a deciros: examinad toda idea nueva que se os presente, lo mismo si os atrae que si os repele. Todo está en vías de crecimiento; nada rechacéis sin tomarlo en cuenta; aunque nada bueno ni útil podáis percibir en ello, cumpliréis con vuestro deber al dejarlo a un lado para futuro examen. No podemos, sin peligro de errar, hacer de nuestro propio conocimiento, de nuestro propio pensar. la medida de la verdad que otro pueda haber vislumbrado. Cuando alguna idea nos resulta repulsiva, hemos de observarla con mayor cuidado aun, para apreciar si esa nuestra repugnancia personal no está elevando una barrera que impida el examen leal, o si no se trata de alguna antigua idea revestida de palabras nuevas.

La libertad de pensamiento es, pues, esencial para el Porvenir de la Sociedad Teosófica. Estimulad la discusión; escuchadla con paciencia y buena fe; vivid siempre dispuestos a poner a prueba una vez más vuestras propias opiniones. Es posible que hayáis crecido, desde la época en que os formásteis una determinada opinión, hasta vuestra actual etapa de conciencia. De que una cosa sea cierta bajo una serie de circunstancias no se deduce que haya de serlo igualmente dentro de circunstancias completamente distintas. Antes de actuar de acuerdo con una idea, es necesario comprobar si su aplicación es adecuada al caso.

El otro peligro principal que hemos de evitar consiste, a mi juicio, en dejar que la superioridad de nuestra creencia en alguna determinada verdad que defendamos, disminuya la acuidad del análisis que debiera constituir ese examen, apartándola del asunto, por decirlo así, aunque esté verdaderamente relacionada con el tema que se discute. Ciertas ideas nos resultan de tanta utilidad, que algunos de nosotros llegan a figurarse que han de ser infali-

blemente útiles a todo el mundo. Nos inclinamos a imponerlas algo indebidamente a los demás. El hecho de que una verdad sea útil o no a una persona es determinado por su propia etapa de conciencia; la verdadera prueba consiste en que sea capaz de responder a ella o no. Si no despierta respuesta en su conciencia es, o porque aun no ha llegado a su altura, o porque ya la ha trascendido. Pero sobre todas las cosas, no desalentemos jamás el libre pensar de ningún hermano nuestro. Dejemos que piense a su modo, a menos que podamos agregar a esa su corriente mental alguna idea útil. Acaso persigue él un fragmento de verdad envuelto en hollejos de error; y a veces, mientras más difícil ha sido de hallar una verdad, más valiosa resulta cuando al fin se la descubre. Al pensar en el porvenir de la Sociedad, hagamos de la libertad de pensamiento dentro de ella, condición esencial de su vida y desarrollo.

Otro punto hay, mucho más discutible que los anteriores: se trata de cuando defendemos enérgicamente una opinión acorde con la nuestra propia, pero desconocemos su valor al verla expresada en forma que choca con algún prejuicio agazapado en nuestra mente. Puede que se trate de un prejuicio nacional o de un prejuicio atávico, o bien únicamente de la corriente general de opinión que nos rodea y que embota nuestra percepción del error. Todo, pues, se reduce en verdad a esta idea: «Mantened la mente abierta».

Surge también otro aspecto del que creo que puedo hablaros francamente. Lo oí expresar una vez a un Maestro cuando dijo que si alguien sostiene una idea cierta, pero no adecuada a la persona a quien se le manifiesta, es posible que, expresando la verdad se dañe a esa persona en vez de beneficiarla. Surgió esto a propósito de una curiosa discusión sobre si convenía a las gentes poder apreciar los dos aspectos de todo asunto. Casi todo el mundo contestará precipitadamente: «Seguramente que lo es. Hemos de ayudar siempre a los demás a apreciar los dos aspectos de toda cuestión». Pero entonces surgió esta idea: «Supongamos que una persona corriente pudiera apreciar de igual modo los dos aspectos de una cuestión, de modo que le inspirasen respectivamente igual atracción y repulsión; es muy probable que no se decidiera a actuar en ningún sentido. He aquí una idea del valor del exclusivismo acerca de la cual debiérais meditar». Hay en esto una verdad profunda. Es posible permanecer inactivo por el hecho de apreciar ambos aspectos de una cuestión, tan imperfectamente o bien tan perfectamente, que la mente se niegue a ejercer la verdadera función mental, consistente en dirigir la actividad. Y entonces ese conocimiento paraliza en vez de guiar. Esto me

impresionó profundamente, porque jamás había yo pensado en esa dificultad especial. Cuando se reflexiona sobre ello, se comprende que cierta cantidad de exclusivismo es necesario a la acción, salvo cuando se trata de seres perfectos. Para los demás, carecer de todo exclusivismo sería como colocar pesos iguales en una balanza

Poned a prueba vuestro pensamiento de cuantas maneras os sea posible; no puede hacerse perfectamente, bien lo sé: ninguno de nosotros puede hacerlo. Mas no obstante, emplead vuestro discernimiento hasta el extremo límite; sobre todo si sabéis que quien os expone una idea es un ser mucho más avanzado en conocimiento que vosotros. De hecho, nos vemos obligados a aceptar muchas cosas en virtud de la autoridad de los expertos en cada materia. No podemos apoyarnos, desde el principio hasta el fin, exclusivamente en experimentos que nosotros hayamos realizado; por eso se va formando siempre un cuerpo de verdades generalmente aceptadas; pero aun en cuanto a ellas se refiere, creo que debemos examinarnos cuidadosamente para averiguar si no es precisamente alguna imperfección nuestra lo que nos dificulta aceptar una verdad que se nos presenta.

Para una sociedad como la Teosófica, tiene enorme importancia la agudeza de percepción intelectual. ¡Hay tantas enseñanzas teosóficas que natural e inevitablemente nos fascinan! Creo que ninguna de las valiosísimas enseñanzas de Krishnaji es más valiosa que su exhortación a examinar todas las cosas antes de aceptarlas. Si a pesar de todos vuestros mayores esfuerzos, no lográis comprender, esperad hasta que hayáis crecido un poquito más, e intentadlo de nuevo. Mantened la puerta siempre abierta, aunque pueda resultar peligroso. Más cuidad de observar qué clase de pensamientos son los que están pasando por la puerta y estableciéndose como ajuar permanente de vuestra morada mental. Una idea puede ser cierta en el momento en que cruzó el umbral; pero es posible que en el interior se ponga en contacto con algo en vosotros que disminuya y hasta destruya su eficacia en cuanto os concierne.

Así pues, defendemos en la Sociedad el completo Libre Pensamiento. No digo que no haya peligro en ello; sé que lo hay. Pero ese riesgo es siempre menor que la aceptación de todas las cosas, a menos que la autoridad en que nos apoyemos sea la de Uno que sea infalible. Podemos aceptar la autoridad como guía para nuestra experimentación; pero no creo que obremos cuerdamente al tomarla como guía para la acción, a menos que hayamos puesto a prueba nuestra propia capacidad para juzgarla, y no nos hallemos dominados por la fascinación que pueda ejercer sobre no-

sotros, acaso porque confirme alguno de nuestros caros prejuicios. Esto es algo que convendría que discutiéseis en los momentos actuales, y por eso os hablo de ello.

Otro asunto quisiera pediros que estudiárais muy cuidadosamente, y es, a mi juicio, algo de importancia vital para el porvenir de la Sociedad. «¿Cuál es vuestra actitud particular con respecto a los Maestros?» Si de veras habéis reflexionado acerca de este asunto tan intensa y tan cuidadosamente como os haya sido posible, y si llegáis a una decisión o no, tened el valor de declarar francamente ante vosotros mismos: «Poseo»—o «No poseo»—evidencia suficiente para convencerme de la existencia de los Maestros, o bien para permitirme asegurar que no existen. Es mucho mejor cultivar la dilación del juicio que negar con excesiva precipitación. Otra cuestión surge para nosotros los que creemos en Ellos o Los conocemos. Aun en el caso de que Los conozcamos y de que hayamos comprobado que ese conocimiento nos es beneficioso, no debemos tratar de imponer tal conocimiento a quien no lo desee. Pero jamás debiéramos tampoco rehusar nuestro testimonio por temor al ridículo, por ese temor que no se presenta con el feo rostro descubierto, sino disfrazado de «juiciosa precaución». La existencia de los Maestros es asunto tan vital que me parece muy poco prudente dejarla sin someterla a prueba, sin examinarla hasta el extremo límite de nuestra capacidad, y volver a examinarla una y otra vez más adelante, cuando podamos esperar haber crecido un poco más. Mas si poseemos ya conocimiento preciso acerca del asunto, creo que, sin imponer nuestra opinión a nadie siempre que surja la cuestión debemos declarar muy serenamente que conocemos Su existencia, y responder muy franca y prontamente a esta pregunta: «¿La conocéis por experiencia propia, sabéis de ella por juicio propio, o solamente por la autoridad de alguien a quien consideráis superior a vosotros?» Creo que es mejor esperar, antes de llegar a una decisión plena, hasta el momento en que ninguna rampante duda aceche oculta en nuestra mente. Si Ellos existen, vuestra creencia o incredulidad no tiene importancia para Ellos. Pero sí tiene importancia enorme para vosotros. Ellos no se imponen a nadie. Conocéis probablemente un hermoso cuadro donde aparece la figura de Cristo de pie ante una puerta cerrada, tocando. Y quizás habréis observado que ante el umbral de esta puerta cerrada han crecido espinos y ortigas de la selva. Siempre vale la pena descubrir si llevamos en la mente un zarzal que haya impedido el paso a algún Gran Ser; si no hemos querido creer, porque las consecuencias de esa creencia implicaría exigencias a las que no estamos dispuestos a ceder. Muy bien haríamos en examinar si esa clase de resisten-

cia íntima, nacida del temor a las posibles consecuencias, no es la indigna causa de nuestra incapacidad de creer. Sobre todas las otras cuestiones, esta de la existencia de los Maestros me parece ser una cuya respuesta debiéramos estar persiguiendo siempre, a menos que hubiésemos llegado a una decisión provisional, en un sentido o en otro. De que encierra en sí tremenda inspiración, no cabe duda; pero esa inspiración puede degenerar en fanatismo cuando no se percibe más que un lado de la cuestión. Siendo así, vale más que busquéis más y más, sin permitir que os arrebate esa fascinación.

Ni por un momento os oculto, ni deseo ocultaros, que mi devoción por mi Maestro es la fuerza impulsora que domina en mi mente y en mi corazón. Y lo es, porque gracias a una experiencia que ha durado ya algo más de la mitad de mi vida, he tenido la dicha de saber lo que es vivir con Ellos. De que esta experiencia habrá de expandirse y crecer, no abrigo la menor duda. Este es el motivo que rige mi vida en pro del servicio.

Es mejor que cada cual resuelva por sí mismo. Nadie tiene derecho a dictar una decisión a los demás. En cuanto a mí, sólo esto puedo deciros: mi experiencia propia me enseña que mientras más he creído en Ellos, más he comprobado que comprendo y que sirvo. Me propongo permanecer aferrada a esta creencia, apariándola únicamente si comprobara que me impedía servir más y mejor. Pero, de todos modos, quiero terminar con estas palabras: «No creáis por el hecho de que otro crea; no juzguéis sino según vuestro criterio propio». Tal fué el consejo del Señor Buddha, el Ser hasta ahora más iluminado en toda nuestra humanidad. Mientras más tiempo permanecéis en la Sociedad, más y más la amáis. Tal es mi experiencia propia.

* * *

Bien podemos nosotros, que *conocemos* la Verdad, pensar en H. P. Blavatsky—que fué el Mensajero de la Logia Blanca durante el último cuarto del siglo XIX—con grande y apasionada gratitud demasiado profunda para ser dicha en palabras puesto que éstas resultan todas demasiado débiles para expresarla; con la gratitud debida a Aquella que nos trajo la Teosofía, la «Sabiduría Divina», para que pudiéramos entenderla, y vivirla, y hacerla nuestra, convirtiendo la nebulosa esperanza en radiante y vívida certidumbre. Yo, por ejemplo, que reconocí la Sabiduría Divina apenas leí ansiosamente *La Doctrina Secreta* y me apresuré a ir en busca de su autora, quien rehusó admitirme como discípula suya mientras no hubiese yo leído el infantil Informe de Hodgson. Yo

acepté la Teosofía inmediatamente que la conocí, a los cuarenta y dos años de edad; friso ya en los ochenta y cuatro, y no he tenido jamás una duda; porque *recordé* estas enseñanzas cuando me fueron presentadas y me ofrecí en seguida como discípula a la autora de *La Doctrina Secreta*. Por todo el mundo he enseñado esta doctrina, y no me ha fallado jamás; conozco a mi Maestro, hacia quien me condujo H. P. Blavatsky, y he puesto mi vida a Sus Piés. ¿Es pues, de maravillar que yo, que sufrí muchos cambios y atravesé muchas tormentas, y que al encontrar la Teosofía hallé en ella la Paz, permanezca inquebrantablemente fiel a la Teosofía? Mi creencia se funda en el conocimiento, no en la autoridad, aunque con gratitud sigo cualquier dirección que para mis estudios me recomienda mi Instructor.

(Traducción de *Revista Teosófica Cubana*)



Los hierros de la cautividad se forjan a menudo en el corazón del hombre.

RAGON

▲

Quedaos fuera, al aire libre y enamoraos de la vida.

J. KRISHNAMURTI

▲

Si quieres sembrar para la eternidad, siembra en las profundas infinitas facultades del hombre: en su fantasia y en su corazón,

CARLYLE

▲

Viendo todo cuanto vemos, ¿os maravilla que los ángeles lloren contemplando a los dioses tan caidos?

HODSON



Algunos comentarios a los libros de "Las Leyes", de Platón

(Conferencia dada por J. Garrido en el Ateneo Teosófico de Madrid)

Los diálogos platónicos han sido y son un deleite exquisito de espíritus refinados, una vez despojados de aquellas partes escabrosas en que se insinuan vicios vergonzosos de la raza griega de la época, que Platón, por boca de Sócrates, fustiga, como corresponde, en distintos pasajes de sus obras.

Sobresale entre esos diálogos por su importancia, su tratado sobre *Las Leyes,* que abarca doce libros. Vamos a examinar brevemente su contenido, con algunos ligeros comentos suplementarios, en beneficio de aquellos oyentes que no han tenido el tiempo necesario para realizar su estudio, o al menos su lectura, por cuenta propia.

El argumento de la obra *Las Leyes,* consiste en que se trata de fundar un nuevo Estado, con una colonia de cretenses,—de habitantes de Cuosa,—que van a emigrar a otro país. Y al objeto de buscar las normas más convenientes para la estructuración del nuevo Estado y para la felicidad de sus ciudadanos, se entabla un coloquio entre un cretense, un espartano y un ateniense.

Afirman el espartano y el cretense, que las leyes de Creta y de Lacedemonia, tienen ante todo como objetivo, el desarrollo del *valor,* como cualidad principal de los ciudadanos. El ateniense declara que las Leyes mejores, son las propias para despertar en el alma de los ciudadanos, y por lo tanto en el Estado, *todas las virtudes a la vez;* o mejor dicho, la virtud; sosteniendo que tal ha sido en realidad, el designio del gran legislador cretense, Minos, en que posteriormente se inspiraron los grandes legisladores griegos, Solón y Licurgo—de Atenas y Esparta respectivamente, como sabemos.

Es decir que como base del Estado, establece Platón, por boca de los interlocutores, un ideal espiritual, moral, una finalidad cualitativa nacional; y no la busca en el exterior, en empresas guerreras, sino en la virtud, en el mejoramiento de los ciudadanos, que al adquirir los verdaderos bienes, la virtud, consiguen la perfección del Estado, y su propia y legítima felicidad, que debe ser el fin de las sociedades humanas. Porque, según el ate-

niense, hay dos clases de bienes: humanos y divinos; y los divinos han de ser preferidos a los humanos, si ha de marchar bien el Estado y llevar a cabo su verdadera felicidad. Los bienes divinos, son para Platón, lo que después han llamado los cristianos las virtudes teologales,—(no estará de más recordar, que vivió Platón en el siglo IV, antes de J. C.),—a saber en el orden que él les da: en primer término, la *prudencia;* después la *templanza;* luego como consecuencia, la *fortaleza,* y la *justicia.* Conseguidos esos bienes divinos, que son los principales, hay que pugnar simultáneamente, por la consecución de los bienes humanos, importantes también, pero *secundarios;* el primero, la *salud,* con las leyes y costumbres que la promuevan; después la *belleza;* luego de ésta, el *vigor;* y, *en último término,* la *riqueza.*

Y aquí es muy digno de notar, que en nuestras sociedades modernas, vamos camino de invertir los términos: primero la riqueza, obtenida como se pueda; luego el vigor corporal, cultivando deportes más o menos apasionados; después la belleza, cultivada principalmente por la mujer artificialmente, con afeites, pinturas e incluso operaciones quirúrgicas; y, en último término, la salud, que se pospone a los goces y apetitos de todas clases. En cuanto a los bienes divinos de Platón: prudencia, templanza, justicia y fortaleza, no son en verdad cultivados muchas veces, como los primordiales. Ahora mismo, al tratarse en Ginebra del proyecto de Federación Europea, que sin una base espiritual, moral, será una utopía, muchos sostienen que debe dársele una base económica y material; olvidando que ese plano de los intereses, es precisamente el de la separatividad y de la lucha, por su misma naturaleza. La unión depende de la mútua confianza, y ésta de un común ideal, sinceramente sentido. Porque el espíritu es el que mueve a la materia y no al contrario: *mens agitat molem.*

Más sigamos con Platón. Sostiene en *Las Leyes,* por boca del ateniense, que la principal preocupación del legislador, debe ser la de la reglamentación de los matrimonios, aplicando lo que hoy llamaríamos las leyes de la eugenesia. Considera el ateniense necesario, que el legislador se preocupe de las condiciones en que se desarrolla la vida humana, desde la cuna, protegiéndola eficazmente, en sus diferentes etapas, interesándose por la educación de los niños en sus diferentes edades; en una palabra, siguiendo al hombre y a la mujer con su acción tutelar y con su mirada vigilante y ayuda beneficiosa, en cuantas ocasiones se les puedan presentar en la vida, desde la infancia a la ancianidad. Bien merece a su juicio, este magno asunto de la vida civil del Estado, la creación y fomento de una magistratura especial, dotada de la

autoridad y de los recursos necesarios. Conviene luego,—según el ateniense del coloquio—que se legisle sobre las fortunas individuales, limitándolas a lo que consienta el bien general de la comunidad, y administrando sabiamente el erario público; motivo suficiente para que se cree toda una jerarquía, que vele por la aplicación de los principios que adopte la sabiduría del legislador.

Los magistrados, que han de velar por el cumplimiento de las leyes, han de ser de dos clases, para Platón: *unos, que han de poseer el espíritu y plena inteligencia de esas leyes,* y otros que no pasarán de la verdadera opinión, como agentes ejecutivos.

En cuanto a la política general del Estado, es preciso que el legislador arregle las cuestiones de guerra con miras a la paz, que es el estado normal de un país, y no al contrario, subordinar la paz a la guerra, que es lo que se hace muchas veces.

En lo referente a la educación, hay que orientar este asunto, teniendo en cuenta que *la educación es la mejor dirección* que debe darse a las primeras inclinaciones morales, a los primeros sentimientos y ejercicios físicos de los niños. Como primer elemento de la educación, coloca Platón el arte musical, (canto, ritmo y palabras). En ese respecto, considera Platón, que «sólo es bella la música que rima las bellas cualidades del alma y del cuerpo; porque la que excita las pasiones violentas y afecciones afeminadas, es funesta en las almas de malas inclinaciones». Así pues, la música debieran prepararla y escribirla, según él, hombres sabios y virtuosos, como dice ocurría en Egipto en que «todas las artes, una vez consagradas, nada habían variado en 10,000 años», por haberse llegado a fórmulas de rara perfección, difíciles de igualar y menos de mejorar. Y en ese respecto, no estará de más llamar la atención sobre la inmutabilidad de los ptincipios de la Divina Ciencia, de la Teosofía; ya que ha habido entre nosotros M. S. T. quien ha creído podían variar como las modas femeninas, burlándose incluso de los significados transcendentes de los colores y sonidos; sin tener en cuenta que cada uno de ellos, por su vibración especial, tiene una relación definida con un plano del Universo, siendo una de las claves de la Gran Ciencia Iniciática. Sólo la ignorancia y la presunción, y un lamentable olvido pueden explicar tales dislates.

Volviendo a *Las Leyes* de Platón, en el libro 3.º, se examinan las mejores formas de gobierno, para el nuevo Estado que se intenta fundar. Es interesante lo que dice aquí Platón, referente a la marcha de la historia de la humanidad. Explica, que la especie humana, ha pasado por muchas catástrofes que la han aniquilado parcialmente, tales como epidemias, diluvios y otras calamidades. Se refiere a la última inundación o diluvio ocurrido en

Grecia y Asia Menor, que parece coincidir con el diluvio biblico, ambos eco de las grandes catástrofes del hundimiento de la Atlántida. En ese diluvio, dice Platón que sólo se salvaron algunos montañeses incultos. Esto fué causa del olvido del progreso adquirido en la civilización anterior; y de que esos montañeses dispersos vivieran sin leyes, ni más autoridad que la de los jefes de familia y patriarcas, que es el estado social precisamente, que aparece en los albores de la historia.

Cuando el olvido del diluvio desvaneció el temor a otra catástrofe, perdiéndose o volviéndose brumoso el recuerdo, aún en las tradiciones de los países afectados, fueron descendiendo los montañeses a los valles más fértiles y abrigados. Allí, en sus movimientos migratorios, de la aglomeración de hombres y del contacto entre tribus y pueblos distintos y del cruce de familias diversas, apareció la necesidad de ocuparse de los intereses comunes y de la dirección de las sociedades en la paz y en la guerra, entonces está frecuentísima. Así se eligieron jefes entre las diversos familias más prestigiosas, produciéndose un gobierno aristocrático y surgiendo, por elección entre sus pares, un jefe supremo o rey. De este modo aparecieron en Grecia una multitud de pequeños Estados, con sus reyes, que se hacían las guerras de contínuo.

Los gobiernos simples sean absolutos o democráticos, le parecen sencillamente facciones al ateniense del diálogo. En tal concepto, dice que los Estados en que los poderes se equilibren unos con otros, son *los únicos* que merecen el nombre de gobiernos, que hagan reinar los tres bienes esenciales, que son : *la concordia, la cultura* y *la libertad*. Para demostrar esto, examina el absolutismo persa y sus males, así como los desórdenes democráticos atenienses; y expone como principio axiomático de un buen gobierno, que *el secreto de la ciencia del legislador, no está en la sencillez de un medio de gobierno, sino en la combinación de medios contrarios*. Porque, según Homero, los cíclopes, gigantescos hombres malvados, vivían en cavernas profundas en las altas montañas y allí eran tiranos absolutos sobre sus familiares, sin cuiearse del vecino, sin deliberar en asamblea ni administrar justicia equitativa. En cambio, el origen de las instituciones políticas de los pueblos cultos, hay que ponerlo en la reunión de familias y gentes cuyos usos, cultos y principios, al reunirse después del diluvio eran por su origen diferentes; lo cual hizo que cada fracción, tuviese que encargar a uno de sus miembros, el examen de los asuntos comunes, en unión con los demás representantes, tomándose por acuerdo mútuo lo que pareció mejor de cada uno, y nombrándose jefes comunes, de los que procedieron la aristocracia y la monarquía.

Se ocupa Platón en dos de sus diálogos, principalmente en el titulado *El Político,* de los gobiernos posibles, que, a su juicio, sólo pueden ser de tres clases, a saber: el gobierno de uno, el gobierno de pocos y el gobierno de la multitud. Cada una de estas formas o regímenes, puede ser de dos clases, y como todo en el mundo, adopter dos aspectos opuestos de luz y de sombra. Podemos considerar en el aspecto luminoso y benéfico, a la monarquía, la aristocracia y la democracia respetuosa de las leyes; siendo el aspecto tenebroso respectivo, la demagogia o dominio de las clases bajas, la oligarquía timocrática, o predominio de unas cuantas familias cuyo poder es la riqueza, y la tiranía.

Pero además de esas seis clases de regímenes, considera Platón otra forma, la séptima, de la que dice que se distingue de las demás, como un dios de los hombres, porque es verdaderamente divina y engloba a las demás; y éste es el gobierno fundado en la verdadera aristocracia, la de la ciencia y la virtud; pues el verdadero estadista según Platón, no permitirá que el Estado sea confiado a buenos y malos indistintamente, sinó que descartará en su sistema a los malos; y cambiará sabiamente las cualidades de los buenos, basando en ellos todo el poder del Estado, y favoreciendo los matrimonios que se verifiquen entre estirpes de servidores útiles al Estado. El mejor sistema dosificará sabiamente la fuerza y la energía con la justicia y la prudencia, no dejándolas solas sin su contrapeso; pues opina Platón que jamás se debe establecer una autoridad demasiado poderosa y que no sea moderada por otra.

Respecto a la democracia respetuosa de las leyes (si no lo fuera sería una *demagogia),* dice Platón que cnando los otros gobiernos guardan y respetan las Leyes, es *el peor* de ellos; pero cuando las violan, resulta *el mejor,* pues en él todo es débil, no siendo capaz de ningún gran bien, pero tampoco de ningún gran mal.

Las síntesis superiores a los Estados Nacionales, las ve Platón en las alianzas *defensivas o confederaciones,* no en el egoismo bárbaro que trata de imponerse por la fuerza al estilo de los cíclopes brutales y perversos.

Pasa luego el tratadista a ocuparse de las condiciones físicas, morales y políticas, que debe reunir la nueva colonia para que sea viable. En cuanto a las físicas, opina Platón por boca del ateniense, que los centros principales de población conviene se hallen distantes del mar, *al menos* en 3 horas y media de marcha (80 estadios); porque «los puertos se hallan expuestos a la importación de costumbres extrañas, espíritu de negocio y lucro, corrupción y afición a las aventuras y a los viajes y empresas de mar»; en todo lo cual ve Platón un peligro para la únión y la

harmonía interior del Estado, aunque reconoce que, si bien es preferible una comunidad de sentimientos, lengua, religión y costumbres, sin embargo, «una población heterogénea, se halla más dispuesta para recibir nuevas leyes, por no tener tradiciones comunes».

Hay ocasiones, según Platón, en que la salud pública puede aconsejar el ejercer cierta presión sobre los hombres, para obligarles *a adoptar leyes sabias.* En caso tal, el camino más corto es el de una dictadura, aunque con una condición : a saber, que el dictador tenga sentimientos elevados, *principalmente la templanza*: que sea jóven, con buena memoria, penetración y valor. Sólo en este caso particularísimo, se puede elogiar una dictadura, sistema efímero y circunstancial.

A este propósito dice Platón, que, «convencido Saturno de que ningún hombre era capaz de gobernar a sus semejantes con una autoridad absoluta, sin incurrir en la licencia y en la injusticia, puso al comienzo—durante la Edad de Oro de la humanidad—, al frente de los pueblos, como jefes y reyes, no a hombres, sino a unas inteligencias más exquisitas y divinas, a los *daimones,* así como los rebaños son guiados y protegidos por pastores y no por carneros».

Asi pues, continúa Platón, debemos acercarnos lo más posible al gobierno de Saturno; y como hoy no gobiernan ya *daimones* sino hombres como nosotros, debemos confiar la dirección de nuestra vida pública, a la parte inmortal de nuestro sér, al *daimón* o yo superior de cada uno, y a aquellos que manifiesten mejor la virtud de esta divina naturaleza, elaborando *leyes* o preceptos emanados de la razón, que son los que han de dirigir, y no el capricho de los hombres, yendo cada ley convenientemente razonadas por el legislador. Es decir, que quien debe gobernar en realidad, no son los hombres iguales a nosotros y a lo sumo servidores de la colectividad, sino la ley, elaborada por la razón y debidamente discutida y contrastada; siendo todos los poderes del Estado, los inquebrantables servidores de las Leyes.

Porque de otro modo, no dominará el espíritu, sino el alma concupiscente. Y el alma del que está dominado por los deseos y pasiones, es una esclava de éstas y no puede mandar dignamente. La Justicia Divina, siempre castiga al fin a los infractores de la Divina Ley; y el que quiera ser dichoso, debe abrazarse a ésta y seguir humildemente sus pasos, sin atender a otros impulsos extraños; pues según dice Platón, «el que que se engríe queda desamparado por la Ley divina, se une a sus iguales, todo lo perturba y camina hacia su perdición», estando la salvaguardia en la razón, en la Ley Divina, que es la justa medida, el justo

medio en todas las cosas. Porque «hay dos partes en nosotros, según el ateniense; la una, más poderosa y mejor, destinada a mandar, el espíritu; y la otra, inferior y menos buena, a la que corresponde obedecer, el egoísmo y la pasión.

Respecto al estado civil, dice Platón que la especie participa en cierto modo de la inmortalidad, mientras que los hombres pasan y mueren como individuos; siendo preciso contribuir a esta inmortalidad de la especie, contrayendo matrimonio, y teniendo hijos. Propone como edad mejor para casarse, la de 25 a 30 años el hombre, y 16 a 20 la mujer y los 35 años a lo sumo para el hombre; y el que no se case, debiera de pagar tal multa, que le hiciera ver que no debe uno imaginarse que el ser soltero sea cómodo y ventajoso, privándole además de honores, en su edad avanzada. El tiempo destinado a dar hijos al Estado sería de 10 años.

Para Platón, el Estado más perfecto es «aquel en que reine la unión y todo sea verdaderamente común entre amigos»; pero el Estado que piensa crear en Las Leyes, es tan sólo un Estado de 2.° orden, al que le fija en sus comienzos, como gérmen de la colonia, una población de 5.000 habitantes tan sólo. La propiedad la reparte en lotes entendiéndose que cada porción es tanto del Estado como del ciudanano, y que el padre no puede venderla ni repartirla entre los hijos, sino que uno de los varones, a su elección, será el que la administre a su fallecimiento. Se tienen en cuenta los bienes que cada uno tenía al fundar la colonia, y se puede aumentar la fortuna, tan sólo hasta el cuadruplo; prohibiéndose despojar a cada família de su parte primitiva, que será así un límite de pobrez. Sólo se admite la circulación de monedas de poco valor y se prohibe tener en las casas particulares, oro o plata.

Hay climas más favorables que otros para las buenas costumbres, y a ello ha de atenderse también para fijar el emplazamiento de la nueva colonia, que conviene también fraccionar en 12 tribus especializadas convenientemente (según las influencias que se asignaban a los 12 signos del zodíaco).

En la colonia ideal de Platón, los magistrados, generales, sacerdotes, guardadores de las Leyes y Senados; los educadores, jueces y ediles, han de ser elegidos de entre las personas competentes. El sufragio de su sistema es en cierto modo restringido, sin dejar de ser en derecho universal; pues hace el voto obligatorio para la minoría ilustrada, y tan sólo volutario para las masas.

Problema feminista : Se prohibe que las mujeres lleven dote, lo cual es garantía de la sinceridad en los sentimientos y de la actividad y trabajo del varón. No se limita la mujer en el espíritu

de Platón, a las funciones domésticas; pero nada se le encomendará que sea desproporcionado a sus fuerzas y a su honestidad; y cuando por precisión haya de ser empleada en la guerra, sólo será cuando haya cesado de tener hijos.

En cuanto a la alimentación, hace resaltar que en algunos pueblos se llegó a sacrificar hombres, mientras que hay otros que por el contrario, no se atreverían ni a tocar la carne de buey... tal como se nos recomienda—añañe—en los Misterios de Orfeo, que consiste en *«alimentarse con lo inanimado y abstenerse de todo lo que tiene vida»*.

La ley general, base de la moral, dice Platón cerca de 400 años a. de J. C., es decir hace 2.400 años), es «que nadie haga a otro, lo que no quisiera para sí».

En el libro VII de *Las Leyes,* se ocupa Platón con más detalle, de las cuestiones educativas; siendo buena una educación tan sólo, a saber, aquella que pueda dar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección posibles. Propugna la educación y juegos en común, de niños y niñas, hasta los seis años, separándolos luego. Hay que enseñarles a todos, la gimnasia y el baile y a valerse de las dos manos. A las mujeres, las instruye también en el manejo de las armas; y para la enseñanza de las danzas, hay que tener presente que la danza puede ser de dos clases : noble y baja, subdividiéndose cada una en danza pacífica y danza guerrera o pírrica.

Prescribe la buena acogida y la hospitalidad a los extranjeros; y expresa su opinión de que hay que hacer mucho caso de la buena reputación, pero que hay que ser realmente virtuoso y no sólo parecerlo.

Tocante a la existencia de los Dioses, dice Platón lo siguiente :

«Hay filósofos que creen que los cuerpos celestes y el Universo mismo deben su existencia al azar. Estos filósofos, han ignorado lo que es el alma. Porque «el alma, es uno de los primeros seres que han existido, que existía ya antes que los cuerpos, y que preside a sus cambios y combinaciones.» Hay dos movimientos en el universo (dice Platón como iniciado que era en los Misterios): el de rotación y el de traslación; existiendo dos clases de substancias : las que pueden comunicar su movimiento a otras tan sólo y las que se mueven siempre así mismas y tienen la virtud de poner en movimiento a otras, siendo este motor el alma. «Como los movimientos y revoluciones del cielo son semejantes a los movimientos de la inteligencia, debemos concluir que el alma buena, (la mesurada y superior, no la pasional), gobierna al Universo y lo conduce a la perfección». Tomando como ejemplo el sol, todo el mundo ve el cuerpo de este astro, aunque nadie vea

el alma, como pasa con la de un animal cualquiera. Esta alma del Sol, es la que preside a los movimientos solares, y lo mismo se puede decir de la luna y los demás astros; siendo estas almas otros tantos Dioses, y no haciendo cada parte del Universo, más que aquello que tiene que hacer.

En Creta y en Esparta nada se omitió en sus Leyes, para hacer a los ciudadanos superiores al dolor; pero les falta según el ateniense, *vencer al placer,* para dominarse a sí mismos por comple- Es preciso—continúa Platón—que los ciudadanos sean piadosos, y cumplan con sus deberes para con los Dioses, los daimones, los héroes y los dioses domésticos, así como con los antepasados—los muertos y los padres.

Por último, se refieren *Las Leyes* a la existencia, permanente entre la multitud, de «personajes divinos, aunque sean pocos en verdad». Y para que el Estado marche convenientemente, «es preciso que haya en él una parte que conozca en primer lugar, el fin a cuya consecución debe tender nuestro gobierno»; puesto que todo Estado, debe tener una idea directriz, siendo preciso según Platón que «los guardadores de nuestra república formen ante todo una justa idea de eso a que damos con razón el nombre de *virtud*». Así pues, no es posible que los destinados a ejercer el cargo, que sería muy conveniente resucitar, de guardadores del Estado, dejen de dedicarse a la adquisición de todo lo que es posible saber sobre los dioses, es decir, como diríamos nosotros, a la Teosofía o ciencia divina.

En los astros hay pues según Platón, una inteligencia igual a la que dirige a todos los seres; siendo preciso haberse penetrado de la relación íntima que tales ciencias tienen con la música y con las matemáticas. Y para que el Estado tenga una base firme, hay que establecer un *consejo nocturno* (es decir secreto), de magistrados que sean consumados maestros en estas ciencias; a este consejo divino, le confiaríamos, dice Platón, la guarda del Estado,

En otro diálogo titulado *Epinonús,* se ocupa Platón, más en detalle, de los conocimientos que deben poseer a fondo los magistrados de este Consejo secreto, preconizado en *Las Leyes.*

Los conocimientos que se consideran base y salvaguarda del Estado, son los pitagóricos o ligados con la filosofía enseñada por los pitagóricos. Su base firmísima, está en la ciencia *abstracta* del número en las matemáticas en general y muy especialmente en la geometría y astronomía, cimientos inmutables de la ciencia divina o Teosofía.

Como ligeras indicaciones de esta ciencia divina, dice Platón que la especie de los animales celestes (que así llama a los astros) se mueve según siglos de exactitud y perfección maravillosas,

tiene la forma más perfecta, que es la esferoidal, y posee el alma más dichosa y mejor. Porque la especie ígnea (de los astros luminosos), ha llegado a ese perfecto automatismo y asombroso conjunto, mientras que la terrestre se mueve sin ninguna regla; lo cual indica su ausencia de la suprema razón, de la perfección de la ley elaborada. Continúa exponiendo Platón, que «los cuerpos celestes no son pequeños, sino que tienen una magnitud, que no alcanza la imaginación a graduar», en completísimo acuerdo con la ciencia de nuestros días. Cada uno de los elementos (éter, fuego, aire o gas, agua o líquido y tierra o sólidos), hoy llamados estados de la materia, tiene según Platón (y según H. P. B.), sus seres propios (en relación con los respectivos tatturas de cada estado material, o formas vibratorias de la substancia primera, que diría la D. S.). Pero ello no quiere decir que esos seres suprafísicos tengan sus cuerpos formados simplemente de materia en aquel estado especial (ígneo, etérico, gaseoso, líquido o sólido), sino que tienen uno de esos estados o elementos como parte principal de sus medios de expresión, y los demás, tan sólo en corta cantidad. Es cierta, afirma, la existencia de estas cinco clases de animales, «sea que la hayamos conocido en sueños, o por apariciones en el momento de la muerte»; o bien cuando el hombre «después de haberse iniciado, de una manera real y verdadsra», posea la sabiduría única. Todo está poblado de dioses, y no hay que perder de vista la *unidad en los estudios,* que es lo que pretende asimismo, la síntesis suprema que se ha intentado con la Teosofía. Porque así, termina Platón, «*habiéndose hecho uno, de múltiple que era,* el sabio alcanza al morir, el pináculo de la sabiduría y de la felicidad».

Muchas más cosas existen en *Las Leyes* de Platón, aunque creo haber anotado lo más saliente. Resulta que hace casi 2.400 años, discurre Platón sobre el gobierno y la felicidad de los pueblos, con una altura de miras que para sí quisieran muchos pensadores, o que se creen tales, de este nuestro mundo del aeroplano y de la radiotelefonía.

Para Platón, el gobierno no puede ser simplista, sino tener presentes las fuerzas y elementos diversos equilibrándolos sabiamente. Debe estar basado sobre la ciencia y la virtud. Necesita un consejo secreto de guardadores de las Leyes, formado por gentes versadas en la ciencia divina o sea en lo que hoy llamamos Teosofía. Admite el sufragio universal para designar a la Asamblea deliberante o senado, a los guardadores de las Leyes, hombres justos y virtuosos que debieran tener el supremo poder—, a los magistrados, generales, sacerdotes, educadores, jueces y ediles; pero el voto sólo es obligatorio para la minoría ilustrada

y voluntario para las masas; evitándose así el predominio de los ígnaros, y la corrupción del sufragio.

Su sistema está de acuerdo con los principios principales de buen gobierdo, que se atribuyen a otros pensadores eminentes de la antigüedad.

Así por ejemplo, se cuenta que el emperador Augusto, que hablaba con frecuencia con el gran poeta latino Virgilio, quiso saber un día lo que pensaba éste sobre la manera de gobernar bien, los que condensó el poeta en cuatro reglas muy concretas:

1.ª—Darle el timón del barco del Estado, a pilotos hábiles.

2.ª—Preferir siempre las gentes de bien y de honor, a los que no lo sean.

3.ª—Recompensar el verdadero mérito, y los talentos útiles y raros.

y 4.ª—No cometer injusticias con nadie.

Si la aplicación de estos principios sería beneficiosa en nuestros días, queda al juicio de cada uno de vosotros.





PROBLEMAS DE LA VIDA

ALGUNAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS

INTRODUCCIÓN

Por las preguntas que se me han hecho por doquiera en el mundo, se verá cuan poca gente desea en realidad comprender y alcanzar la verdadera libertad de la vida. Se traen a discusión citas de antiguas escrituras y doctas autoridades, y me confrontan con ellas, y con eso imaginan las gentes que han expuesto sus propios problemas. Pero aquéllos que deseen comprender la vida tienen que buscar la verdad fuera de estas barreras tradicionales y estrechas, lejos de los dictados de los mayores por muy doctos y sabios que puedan ser.

Mi enseñanza no es mística ni oculta, pues sostengo que tanto el misticismo como el ocultismo son limitaciones que pone el hombre a la verdad. La vida es más importante que cualesquiera creencias o dogmas, y con el fin de dejar a la vida su fruición completa, tenéis que libertarla de creencias, autoridad y tradición. Pero aquéllos que estén ligados por estas cosas, encontrarán difícil la comprensión de la verdad.

Mis respuestas a todas las preguntas que se me han hecho no se apoyan en la autoridad de libros sabios o de opiniones establecidas. He hallado la liberación y penetrado en ese reino donde existe la eterna felicidad, y deseo ayudar a otros a comprender desde ese punto de vista.

Como estoy libre de tradiciones y creencias, deseo libertar a los demás de esas creencias, dogmas, credos y religiones que condicionan la vida. Hablo tan sólo desde ese punto de vista, y no con el deseo de inspirar una nueva doctrina o de imponer una nueva autoridad. Como he escapado a toda limitación, mi deseo es libertar a todos los hombres.

No soy un oráculo para resolver todos los problemas. Quiero h[illegible]r pensar a las gentes por sí mismas. Quiero que pongan en d[illegible] hasta las cosas que tengan por más estimadas y preciosas, p[illegible]e después que hayan llamado a la duda, sólo permanecerá a[illegible]lo que tenga un valor eterno.

* * *

[illegible]gunta : *Los individuos no tienen igualmente desarrolla-d[illegible]s capacidades. Si uno es capaz de comprender intelectual-m[illegible] la Verdad, pero está ligado emocional o físicamente, ¿deberá d[illegible]erse de ayudar a otros en su camino hacia la liberación h[illegible]e sea completamente libre?*

[illegible]NAMURTI : Haciendo la pregunta en otra forma: «¿Deber[illegible]e no he alcanzado la liberación, ayudar a otro que tam-

bién está en camino de alcanzarla? ¿Deberé evitar que otro caiga al suelo y sea aplastado en el camino cuando yo aún estoy en el camino? ¿Deberé ayudar a un hombre que marcha por la senda de la vida hacia la misma meta que yo; le deberé dar la mano o dejarle solo?». Tales preguntas demuestran que no tenéis idea de la verdad ni del medio de conseguirla ni de la liberación y la felicidad. Imagináis que existen fuera de vuestros semejantes, en alguna región lejana junto al mar o en las montañas. ¿Por qué creéis que yo empleo mi tiempo de la manera que lo hago? Sería mucho más fácil y cómodo retirarse a la soledad, como hizo Lao Tsé cuando alcanzó la liberación. Yo he sido un caminante en el sendero de la vida; y por haber pasado por ese camino sé que hay muchos que están luchando, y deseo ayudarlos. Sé muy bien que no han llegado. Si lo hubieran hecho estarían en paz. No me meto en lo que hacen los demás, ni trato de convencer a nadie de mi mensaje, de mi actitud, de mi autoridad; mas por estar los hombres presos en la aflicción, en jaulas de dolor, en limitaciones de sufrimiento los quiero libertar, o mejor dicho, quiero despertar en ellos el deseo total de destruir esas jaulas por sí mismos. Eso es lo que cada uno de vosotros tiene que hacer—llegar, y después ayudar. Esto no significa que no debáis ayudar mientras estéis en el proceso de llegar. Eso sería un modo egoísta de mirar la vida. Los hombres han construído muchos monasterios en el mundo por amor a sus diversos instructores, pero ninguno se ha construído por amor a la vida. Nunca podréis edificar monasterios en la fuerte corriente de la vida.

Pregunta: ¿No seguisteis a un Gurú en vuestro camino hacia la liberación? Si es así, ¿por qué es ello una muleta para nosotros, que aún estamos en el proceso para alcanzarla?

KRISHNAMURTI: Cuando yo seguía a un *Gurú*, si alguien me hubiera dicho que era una muleta, probablemente hubiera obrado de la misma manera que lo hacéis vosotros, y hubiera rechazado a la persona que me lo dijera. Yo sé por mí mismo que he llegado, y el conocimiento de ello no depende de autoridad ninguna fuera de mí. Como he llegado, he visto que hay un camino más corto, más directo para llegar. Y mi deber es mostrar a las gentes que, aunque yo he hollado sus caminos, y he pasado por sus limitaciones, y adorado en sus templos a los dioses, y sustentado sus sus creencias, y practicado sus religiones y ritos, hay un sen[illegible]ro más sencillo, más directo, un medio más dichoso de compre[illegible] la vida, un modo más perfecto y más noble de vivirla. [illegible]

Si yo os dijera: «tenéis razón al seguir vuestra propia s[illegible] al permanecer en vuestras limitaciones», no os ayudaría. Ma[illegible] haber yo seguido ese camino, por haber estado preso, ama[illegible]do en esas limitaciones, y haberme ahogado en ellas, deseo im[illegible]r que otros caigan en las mismas complicaciones. No las nece[illegible] ¿No advertís a vuestro niño que no se aproxime al fuego pa[illegible] no se queme? Si es tan necio que no hace caso de vuestro [illegible] no podréis evitar que se queme; pero vuestro deber es a[illegible] para protegerle.

Cuando habéis seguido el estrecho y largo sendero a tra[illegible]e muchas vidas, de muchas limitaciones e ideas de adora[illegible]

cuando al final llegáis y veis un camino más fácil y noble, ¿no incitaríais a todos a abandonar su camino estrecho, largo y complicado, y a seguir el sendero más directo? Eso es lo que yo hago. Que haya tenido un *Gurú* alguna vez, no significa que vosotros también debáis tenerlo. Cuando veis a un hombre cojo, no necesitáis poneros cojos para entender su cojera.

Yo sostengo que he encontrado aquella verdad que busca y anhela el mundo. He ido por la senda larga, pero desde el punto de vista de la llegada veo un camino más corto y más directo, un camino más gozoso y deleitable. Y vosotros, desde vuestro punto de vista complicado y mezquino, decís: «Ya que usted tomó el camino largo, también nosotros debemos hacerlo». Si deseáis dejaros caer por el precipicio a las tinieblas y volver a trepar otra vez hasta lo alto, debéis satisfacer vuestro gusto.

No se trata de guiaros; yo no quiero guiar a nadie—eso sería terrible. Lo que quiero hacer es despertar el deseo que os dará comprensión. Cuando verdaderamente hayáis comprendido, no traicionaréis ni rebajaréis la verdad. En el pasado, todos los discípulos rebajaron la verdad para que entendieran los inexpertos, y así la traicionaron. Yo deseo incitar a la gente a ir hacia la verdad por su propia fuerza. Un niño nunca se hará fuerte si siempre le conducís o le fomentáis el deseo de pegarse a vuestras faldas. Debéis animarle más bien a sostenerse por sus propios pies y a caminar por sí mismo.

Porque comprendo que seguir a otro es una debilidad, que un mediador no es más que un apoyo, y por haber desechado yo todos los apoyos, os digo: Existe un medio para que desarrolléis vuestra propia fortaleza y no necesitéis apoyos; existe un camino, por el cual, sólo con vivir, pensar y sentir podréis llegar sin ayuda de mediadores o *gurús*. Si seguís ese camino, os guiaréis siempre por la luz de la misma meta.

¿Por qué queréis la luz de una vela cuando tenéis la luz del sol? ¿Por qué queréis perfumes artificiales cuando tenéis el perfume verdadero? Decís: «¿No ha usado usted luz artificial?». Desde luego que he usado luz artificial en el pasado, pero ahora quiero mostraros el camino hacia la eterna luz que jamás varía ni se apaga.

Δ

Una conciencia tranquila es una fiesta perpétua.

En el empleo de la vida se gana más renunciando a sus deseos que satifaciendo sus pasiones.

LUBBOCH



EL TIBET Y LA TEOSOFIA

(APUNTES DE UN FILÓSOFO)

Por el Dr. Roso de Luna

XIII

La Sociedad Teosófica y el Sendero Directo

Hasta qué punto concuerdan los dos últimos objetos de la S. T. con los principios clásicos del Sendero Directo (1) nos lo prueban los datos que acerca de este sendero en el Tibet nos suministra la citada obra de A. David-Neel cuando nos refiere los métodos peregrinos y hasta bárbaros si se quiere empleados por los anacoretas de tal sendero en sus relaciones con sus discípulos. «La trilogía de examinar, meditar y comprender—(el *aude, vide, tacet,* de cierta institución europea que no hay para que nombrar)—, toma tremenda fuerza, dice, respecto a los candidatos al sendero directo. Toda la actividad intelectual del Maestro gravita sobre el discípulo con inusitado peso—y por ello, añadimos nosotros, una misma palabra sánscrita la de *Gurú,* significa al par «pesado» y «maestro»—. Pero, semejantes extravagancias aparentes, bien examinadas—cual las que vimos en el anterior epígrafe—, acaban resultando razonables. He aquí, en síntesis, las etapas de la vía directa:

1.ª Leer gran cantidad de libros sobre las diferentes religiones y filosofías. Escuchar las enseñanzas de diferentes maestros y experimentar los más variados métodos, o sea, añadimos nosotros, *templar* la mente con el choque de los más variados pensamientos.

---

(1) «Uno de los resultados más valiosos de la misión de *Upasika* (designación familiar de H. P. B.), dice un maestro, fué la de estimular a los hombres modernos a estudiar por sí mismos», cosa que desgraciadamente y por los errores en otro lugar apuntados, no ha hecho casi ninguno de los que se llaman sus discípulos, prefiriendo, en su debilidad impropia de tales teósofos, «la letra que mata»; el dogma cerrado, el mesianismo de supuestos redentores; el psiquismo emocional y, en una palabra, todo lo contrario del carácter crítico, decidido y viril que exigen de éstos los dos últimos objetos de la S. T.

2.ª *Prendarse luego de una sola doctrina entre todas las demás* (1), como el águila que elige su presa entre el rebaño. Tal es la ley ineludible, añadimos, de todos los genios, que no son en sí, sinó unos secuaces típicos del sendero directo. «Mateo, sígueme», dijo Jesús al buen recaudador de tributos, y Mateo en el acto le siguió, pero no le siguió aquel Nicomedus que antes creyó necesario despedirse de su familia y de sus mundanos asuntos. «Juro ser Beethoven, o nada», exclama de improviso Wágner al escuchar por primera vez las notas sobrehumanas del Destino en la *Quinta Sinfonía*. «El amor al Arte, junto con la idea del Deber son los que me han impedido poner fin a mi vida», que dijo varias veces el autor de esta última obra maestra. O sea, en suma el «¡levánte, y anda!» escuchado por Lázaro en el sepulcro y que le hace *en el acto* erguirse y echar andar tras el Maestro quien, «con su garra poderosa», al tenor de cierta frase masónica, le hace resurgir del mundo de los «muertos» al mundo de los «vivos», ya que la entrada en aquel sendero que lleva de la vida humano animal a la supervida divina o jiña no es sino una efectiva resurrección o «un segundo nacimiento», razón por la cual al brahmán verdaderamente iniciado se le ha denominado siempre *dwija* o «dos veces nacido», nacido, como diría San Pablo, primero de la carne, y luego del Espíritu; *Bautismo de Fuego*, en fin, o «ígnea lengua de Pentecostés (*pente, panta, penta* o el simbólico *cinco* del Pensamiento) por el que el «Santo Espíritu» desciende sobre el discípulo, dándole la iluminación iniciática y completando así al otro *Bautismo de Agua*, por el que sólo se lavaran las culpas... (2)

(1) Este «prendarse de una doctrina entre todas las demás», es en la vida ordinaria y detro de la eterna ley de armonía, lo que se llama *vocación*, es decir, la llamada poderosa, incoercible de la Voz Interior de nuestra conciencia («Cristo en el hombre», de San Pablo), marcándonos imperativa el sendero que debemos seguir. Quien escucha semejante orden de nuestro Yo Superior, va adelante; triunfa de cuantos obstáculos se le atraviesen y «madura en genio», como la historia de todos los grandes hombres demuestra. En cambio, quien la desoye, arrastra una vida miserable como traidor a sí mismo, y crea un pésimo karma futuro, karma que la Ley evita a veces, piadosísima, cortando en flor la vida del que así equivoca su sendero. De aquí los llamados «malogrados» a los que hemos destinado un capítulo en nuestra obra *En el Umbral del Misterio*.

(2) Cuenta la leyenda oriental que en el «segundo nacimiento» del Buddha, acaeció en *Urúvilva* o *Uruvalva* («la matriz del Fuego»), Sujata le lavó los pies con agua perfumada (igual que a Jesús la Magdalena) y le ofreció la clásica copa de oro con arroz, leche y miel. Tirado luego el vaso al río por Nairan-jana, remontó por si propio la corriente, en señal de que la ciencia suprema ya le pertenecía, mientras que el nuevo nacido se recogió a meditar bajo el árbol de Bodhi

3.ª Mantenerse en la vida en una situación modesta (el *aura mediocritas*, de Horacio, equidistante de la inerte miseria y de la peligrosa opulencia); guardar humildísima apariencia (el «no *chocar* o despertar la atención de nadie», de la regla pitagórica), sin intentar jamás ser «uno de los que *grandes* llama el mundo, pero al mismo tiempo, detrás de semejante máscara de insignificancia (el *hipo-kriptos*, o «escondido debajo», de donde hemos falsificado luego la palabra «hipocresía»), elevar muy alto el espíritu (el «¡yo soy Brahmán!», o «yo soy Chispa Divina», que en los textos orientales se lee), manteniéndose siempre por encima de las glorias y honores mundanos. (Voto de renunciación).

4.ª Ser perfectamente indiferente hacia todo y frente a todo. Obrar cual el preso o cual el cerdo, que comen de lo que la ocasión les aporta. No elegir entre las cosas que se le presentan, prefiriendo la una a la otra. No buscar, ni evitar, ni rehuir. Mantenerse ecuánime, es decir, en perfecta indiferencia hacia la riqueza como hacia la pobreza; ante la alabanza cuanto ante la censura (equilibrio entre los contrarios, ponderación o balanza de la Justicia). Cesar de distinguir entre la virtud y el vicio; lo glorioso y lo humillante; el bien y el mal, según los comprende el mundo (el «Yo soy la virtud del bueno y la maldad del perverso, etc.», de Krishna a Arjuna en el Bhagavad-Gita). No afligirse por nada, no arrepentirse; no sentir remordimientos; no congratularse. alegrarse ni enorgullecerse de nada.

5.ª Contemplar sin emocionarse y con el espíritu más emancipado los conflictos y luchas de opiniones entre los diversos órdenes de actividad de los seres, pensando: «¡tal es la Ley, la realidad de la cosas y el modo de ser de las individualidades diferentes que pueblan al Planeta!». Contemplar, en fin, el mundo entero cual desde la más alta montaña.

6.º Esta etapa no puede ser descrita. Equivale a la comprensión del vacio...» Sin embargo, en lo que a nosotros se nos alcanza quiere referirse, creemos, a la *abstracción* en su más alto grado; en la elevación total por encima de lo *sensible* y concreto hasta lo *inteligible* y abstracto, viendo, no las flores, sino la Flor; no el hecho, sino la Ley o más bien el Principio de donde emana las

---

o de la Sabiduría. Este «remontado de la corriente» es, en mil leyendas, la característica de la Magia, la cual siempre va contra la corriente del vulgo. Así remonta, en efecto, las aguas del Rhin el esquife de Sigfredo en *El ocaso de los dioses*, de Wágner y así también surge del Támesis la piedra sagrada e iniciática del Lía-Fail con una misteriosa Espada embutida en su masa y que sólo el héroe de la *Tabla Redonda* es capaz de arrancar (Espada de Sigmundo en el Arbol Norso, de «La Walkyria», en suma, la invencible Espada del conocimiento intuitivo).

leyes y los hechos; no los bienes y los males, sino el Bien y el Mal, o mejor aún, el Sér que se muestra aparetemente dividido entre éstos y los demás contrarios, como las ramas de la Y griega, que arrancan de un mismo tronco, tronco que a su vez se asienta sin asentarse en el Mar sin Orillas de lo Abstracto, Eterno, Infinito, Inefable e Incomprensible, la Nada-Todo de donde todo emana y a donde todo vuelve, o sea el Seno Insondable de lo Divino : Brahma neutro, o más bien *Brigh*, de la palabra sánscrita que significa «Germen que se dilata y extiende» : el Nirvana, en una palabra, no como aniquilación sino como superación estática o epóptica...

«Imposible reducir a reglas, termina David-Neel, los múltiples ejercicios educativos inventados por los «padres del desierto» tibetanos (o más bien del Shamo o Gobi). No sólo varían ellos de maestro a maestro, sino de discípulo a discípulo de un maestro mismo. *Libertad* es la divisa que tremola sobre las alturas del «País de las Nieves», mas, por una singular paradoja hija del eterno juego de los contrarios, los novicios hacen su aprendizaje bajo la obediencia más extricta a su Guía o Gurú. Pero tal obediencia sólo se refiere a las prácticas recomendadas por el Maestro y a sus relaciones con él. He oido decir a un lama que el papel del maestro de la vía directa consiste en primer lugar en dirigir un *desembrollado* (es decir, la liberación de las espesas redes de Maya o Velo de Isis). Debe, pues, el Maestro incitar a su discípulo a desembarazarse de creencias, ideas, hábitos y tendencias innatas, de todo en fin, cuanto este último mantiene como tara ancestral o él se ha creado en su alma como efecto de causas cuyo origen se pierde en la noche del pasado...»

A su debido tiempo insistiremos sobre estos particulares interesantísimos. Bástenos ahora el anotar que las anteriores etapas del Sendero Directo, están poéticamente resumidas en aquel pasaje de *La Voz del Silencio* que dice : «Antes de que el ojo pueda ver, debe ser ya incapaz para llorar; antes de que el oido pueda oir, ha de haber perdido su sensibilidad y antes que el discípulo pueda alzar la voz en presencia de su Maestro tiene que haber lavado sus manos en la sangre de su corazón», porque el tránsito del mundo humano al mundo de los shamanos o jinas es un escalón evolutivo tan alto o más que el que mediar pueda entre el mineral y el vegetal, entre el vegetal y el animal o el animal y el hombre. Por eso tiene que pasar por la ***epopteia, nirvana*** o ***suprema*** abstracción e inmersión en el Logos o Verbo que anima al Universo, para renacer transformado en otro sér ***mudado*** al que quiso aludir San Pablo en aquella hasta aquí incomprendida frase de «todos resucitaremos (reencarnación), pero no todos seremos

mudados.» Las terribles frases antes citadas de *La Voz del Silencio*, por otra parte, aluden al espanto que produciría en una mente no preparada *la verdad verdadera,* valga el pleonasmo, del terrible Drama de la Vida, drama que bajo el piadosísimo velo maternal de Isis pasa inadvertido para nosotros, efectivos impúberes psíquicos, como para el tierno infante la congoja que latir pueda en el pecho de la madre que le está amamando. De aquí las expresadas reglas de indiferencia a todo, ecuanimidad, etc. antes enumeradas por A. David-Neel, reglas que tampoco han de ser tomadas al pie de la letra sino como medios indispensables, al ver cara a cara el terrible Drama de la vida humana—que no es sino el Drama de una gran caída (caída de los Angeles) y una heroica redención por uno mismo—; de superar a aquel «¿has puesto tu corazón a tono con el dolor inmenso de la humanidad; has consentido que se vierta en tu presencia una lágrima que antes no hayas enjugado tú?» del dicho libro místico, mediante la efectiva superioridad que ya supone la práctica de semejantes reglas. El divino Beethoven, en aquel su Cuarteto de cuerda, número 1, en el que, a guisa de ilustración, anotara la frase de «un sauce en la tumba de mi hermano», cuidó también de consignar, al tenor de dichas reglas que, como genio, conocía y seguía en perfecto sendero directo: «si sientes asomar a tus ojos una lágrima, reprímela y no te dejes por ella avasallar», cosa que, dicho sea de paso, es lo que caracteriza al profesional en las diferentes ocupaciones humanas, por ejemplo, la *aparente* insensibilidad del médico ante el dolor que inevitablemente causa al operado; la del juez, ante la inevitable condena que al reo inflige, o la del catedrático al suspender al alumno...



KARMA-LESS-NESS (SIN KARMA)

Por C. JINARAJADASA

(Conclusión)

TODO el que piense en serio ha de examiaar este problema : Cómo ha de aceptar la vida tal cual es, y al mismo tiempo cambiarla de algún modo. Aquí ayuda el hombre de ciencia, ayuda el filósofo y ayudan todas las artes, pero siempre debemos tener presente que hemos de permanecer desinteresados si queremos cambiar aquello que está fuera de nosotros. Pero sólo permanecemos desinteresados cuando sabemos tomar cada circunstancia de nuestra vida, cada acontecimiento en el mundo, y los transformamos en algo hermoso y artístico.

Os voy a leer un corto artículo que escribí en el Campo de la Estrella, en Ommen, que expresa la misma idea en distintas palabras. Muchos dicen : «Yo no soy un artista; ni siquiera puedo dar una nota afinada cuando abro la boca y pretendo cantar; y sin embargo, adoro la música.» Es cierto; pero si os gusta la música, si admiráis un cielo azul, si os agrada el sonido de una voz infantil, el mero hecho de que os guste esas cosas os hace ya algo artistas. El amor es el principio; luego no es más que cuestión de seguir.

Lo que dicen las flores :

Dijeron, las flores que Dios hizo—
Capullo y hoja y tallo –
Lo mismo que las azucenas dijeron
Cuando Jesús las miró.
GEORGE MACDONALD

Entre los deseos de nuestro corazón, hay un intenso anhelo de realizar algo que sea perfecto. Los que están atados con las cadenas de la impureza, ansían la pureza perfecta; los que se dejan llevar por la ira, ansían el perfecto dominio de sí mismos. Las mil y una faltas y flaquezas de nuestra naturaleza humana nos hacen al menos este servicio. Nos hacen ansiar las mil y una virtudes que reflejan la perfección.

Pero quien puede realizar la perfección absoluta? ¿Cuál de los más grandes pintores puede dibujar la línea perfecta? ¿que músico puede producir el acorde perfecto al hacer sonar un instrumento? La perfección nos elude siempre. Así es que cuando contemplamos el carácter perfecto que deseamos ofrendar a la vida, parece como si no hubiéramos de conseguirlo nunca, que tantas son las virtudes, cada una de ellas perfecta, necesarias para el carácter perfecto con

que soñamos. La Liberación que requiere el carácter perfecto parece irrealizable.

En realidad, tal Liberación es irrealizable por nosotros, hasta que estemos en el umbral de la Divinidad. Y para llegar a este umbral, tenemos que abrirnos paso a través de la espesa y enmarañada selva de la experiencia. Aunque necesitemos una docena de vidas o un centenar, antes de poder construir el carácter perfecto, nos es sin embargo posible, aun en nuestro estado actual, experimentar la gloria de la perfección. El *volumen* de perfección que requiere la Liberación, puede estar todavía muy lejos de nuestro alcance; sin embargo, la *cualidad* de la perfección puede sernos conocida y experimentada aun ahora.

Porque la perfección no consiste en amontonar virtud tras virtud, sino el alcanzar la Perfección Absoluta aunque sólo sea en una virtud. La Margarita silvestre es tan perfecta como el más exquisito producto del experto horticultor. La diminuta flor del brezo, a nuestros pies en Ommen, puede darnos una alegría tan pura y tan profunda como el loto de corazón de oro de los estanques indios. Las cosas pequeñas pueden ser perfectas, y su perfección está tan llena de Divinidad como la más grande creación de un gran carácter.

A veces nos toca el corazón la sonrisa exquisita de una mujer casi divina; pero lo mismo puede tocar nuestro corazón—si le dejamos—la sonrisa exquisita de un niño pequeño. La cualidad de perfección que tiene entonces el niño es tan regia, tan llena de poder de liberar la Divinidad que llevamos dentro, como la sonrisa de la diosa. Esa *cualidad* de perfección está en todas partes, aunque su *volumen* necesite aumentar siglo tras siglo, hasta constituir el Universo Perfecto.

Por muy pequeños que seamos, podemos cada cual alcanzar la perfección, aunque de poco volumen, insuperable en su belleza intrínseca. El hombre o la mujer incapaces de elevaciones intelectuales pueden, sin embargo, experimentar la sensación de perfección al ejecutar humildes deberes. Un pequeño vicio sublimado en una pequeña virtud puede ser como un espejo—por muy pequeño que sea—de todas las perfecciones contenidas en el universo.

Así es que el principio del Sendero que conduce a la Liberación está en la perfección que consigamos en cualquier detalle de nuestro carácter. Una vez iniciada, esta perfección crecerá en volumen hasta envolver la totalidad del carácter y entonces estará cercano el gran día de la Liberación. Lo mismo que la gloria del sol en el cénit no es más que la continuacion de la aurora, que en sus comienzos apenas se distinguía de la noche, la formación del Adepto empieza con la perfección conseguida en una pequeña virtud.

Por lo tanto, en estas vidas nuestras, hoy tan llenas de limitación, tan llenas de dolores y desengaños, la Liberación puede empezar hoy mismo si en algún rincón de nuestro carácter, en algún ricón de nuestra vida, hacemos algo absolutamente perfecto.

Esto es lo que todos podemos hacer. Exactamente donde estamos, con nuestras limitaciones incluso con nuestro escaso entrenamiento cultural, podemos hacer algo hermoso.

No creáis que sólo los poetas pueden escribir poesía. Escriben gran poesía para la humanidad, pero nosotrss podemos escribir pequeños poemas para nosotros mismos. No creáis que únicamente los grandes pintores pueden pintar; podemos pintar nos-

otros mismos. Debemos probar. Debemos tomarnos tal como somos, y educar la vista y el pulso, para ver y luego dibujar una línea, la forma de una hoja. Tenemos y podemos hacer algo para educar esa voz. Tenemos vista, podemos educar la vista para que descubra lo bello que hay en la vida, y educar el oido a distinguir un acorde de una disonancia, etc. Podemos emplear nuestros sentidos uno a uno y únicamente utilizándolos así, empezamos lentamente a comprender lo que significa la verdadera libertad.

De esta fase de mi asunto paso a desarrollar otra fase que nos interesa especialmente como teósofos, es decir, como hombres que están trabajando para dar al mundo una Sabiduría. La Teosofía no es simplemente una filosofía para escrita en libros. Es una incorporación del Pensamiento Divino, es una explosión de la incesante divina Creación en mundo superiores, que hemos de atraer por medio de la pintura, la música, la danza, de cualquiera actividad creadora que la humanidad desarrolla raza por raza. Cada aspecto de la creación es realidad una *Doctrina Secreta* de de la Divina Sabiduría.

Por lo tanto, nosotros los teósofos, nosotros que hemos encontrado ayuda en una gran filosofía, debemos salir del aspecto meramente filosófico de la Teosofía, y darnos cuenta de que la Sabiduría, es una Vida que Dios está viviendo. Su Sabiduría no es sólo el modo como El piensa; es también el modo cómo El obra e infunde energía. Decimos que la Teosofía es la Divina Sabiduría; pero a lo que ponemos la etiqueta de Teosofía es más bien la Divina Energía. Así, debemos comprender los cientos de modos en que se manifiesta la Divina Energía. Uno de los grandes modos es lo que los hombres civilizados llaman «Arte».

Quiero que los teósofos se den cuenta de que nuestro progreso en Teosofía, nuestro continuado desenvolvimiento espiritual, depende de que reconozcamos el hecho que debemos aprender a crear de un modo o de otro. Pero no sólo nosotros los teósofos debemos hacernos creadores por medio del arte, debemos también hacer que los artistas sean teósofos. Esto se me podría fácilmente comprender mal, y por eso deseo de hacer constar que no propongo el inducir a los artistas a que ingresen en alguna Rama teósofica, ni que acepten cierta manifestación de la Verdad que se llama Teosofía.

El artista tiene dos aspectos: el primero, el aspecto como hombre sujeto al Karma y al deber; el segundo, el aspecto como creador, el artista que no está sujeto al Karma ni al deber. Cuando el artista trabaja en su verdadera función, en este último aspecto, ninguno de nosotros tiene nada que decirle. Como artista, comulga directamente con la Mente Divina, con la Energía

Divina. Así es que cuando un artista crea algo, no siguiendo una tradición, sino penetrando directamente en su propia naturaleza, debe concedérsele libertad de expresarse; no debemos coartarle en modo alguno. Cuando nos ocupamos de los grandes músicos—o de los pequeños, que para el caso es igual—si han sido verdaderamente sinceros, o sea, si han ido a sus propias intimidades para crear, su mensanje vive por sí mismo, y nadie, ni aun el crítico más eminente, tiene derecho a decir «esto está bién, esto está mal». El artista, *como artista,* se manifiesta en un mundo que no puede medirse por normas filosóficas: el arte y la filosofía son dos cosas distintas. En su función como artista, él es el revelador; y por eso debemos procurar comprender lo que es su revelación.

Por otro lado, el artista tiene otro aspecto. Es también un hombre, un ser humano sujeto al proceso kármico; y así está lentamente desenvolviendo, etapa tras etapa, su vida espiritual y camina hacia la Liberación. El artista es también nuestro hermano, atado a la rueda de vida y muerte como todos nosotros. Como tal podemos dirigirnos a él los teósofos; podemos proporcionarle una filosofía que, aunque no le inspire mayormente en sus creaciones artísticas—porque su inspiración procede, no de una filosofía externa, sino de algo que ha hallado en su interior—puede sin embargo inspirarle como a un ser humano que tiene que pagar sus malas deudas de Karma. Podemos conducirle a hallar en sí mismo una fortaleza que le ayude a mantenerse lealmente en su trabajo.

Sabemos cómo los artistas se remontan hasta las cumbres, por decirlo así, en sus momentos de inspiración, y luego decaen. Es cuando decaen cuando podemos acercarnos a ellos y darles una filosofía que les infunda calma y resolución. Sabemos que los artistas son vacilantes, poco firmes de carácter. Su inconstancia es debida a la falta de una gran filosofía por la que guiar su vida cuotidiana. Puede llegar el día, en una futura Raza Raíz, en el cual, del mismo mundo del arte, los artistas se creen una gran filosofía; pero aún no la han encontrado. El único que ha dado filosofía para el artista es Platón con su concepto del arquetipo. Pero el artista moderno no busca donde Platón buscó y halló la fuerza para todos los artistas.

Por tanto, nosotros los teósofos podemos ayudar al artista tratándole como a un hombre y dándole nuestra simpatía de hombre a hombre. En cada Rama teosófica debería haber una atmosfera de simpatía hacia los artistas; donde quiera que haya una Rama teosófica, los artistas del lugar deben tener la impresión: «Oh, esos *teósofos*, son gente curiosa, pero muy amables

con nosotros». Esa es la actitud que nos hace falta, de modo que cuando un artista siente que el mundo ya no le inspira, que le desanima, sepa que puede venir a una Rama teosófica, aunque no sea miembro, y se encuentre con gente que reconozca que el artista es el profeta de una nueva era por venir.

Si nosotros teósofos nos damos cuenta del valor de los artistas para ayudar a la humanidad hacia la Liberación, debemos estar agradecidos al recibir no sólo a los sacerdotes que nos den su bendición, sino también a los artistas que nos den su inpiración.

Estoy tratando un asunto que no se aclara con largas explicaciones.

Muchas veces creo que entendemos mejor las cosas cuanto menos hablamos de ellas; sé que tal es la experiencia de muchos que permanecen en absoluto silencio después de las conferencias de Krishnamurti. Pues la calidad de su mensaje penetra en ellos con más profundidad cuando el silencio es absoluto. Lo mismo sucede con este gran problema de la creación; tenemos que resolverlo cada cual por sí. Yo sólo os expongo y os digo que hay un misterio; procuro haceros comprender que si queréis penetrar la belleza de la Divina Sabiduría, tiene que ser, no sólo por el estudio, ni siquiera por el servicio, si no también procurando recrear el universo.

Puede parecer gran atrevimiento el que nosotros, hombres insignificantes, pretendamos hacer las cosas mejor que Dios; pero esto es precisamente lo que Dios quiere que hagamos. Cuando El creó este universo, ¿creéis que quedó satisfecho? Seguramente se dijo: «Voy a enviar estos fragmentos de mí mismo, a ver si, con su ayuda puedo crear algo más glorioso todavía». Seguramente quiere que trabajemos con El. Quiere que tomemos nuestros pensamientos y actos, incluso todo el material de la civilización, y cambiemos todo. Pero la filosofía de todo esto, como hemos de provocar estos cambios, creo debe salir de lo más recóndito de nuestro corazón.

He dicho que tenemos el deber de recrear nuestro pasado, como también todo el universo. Hay una palabra en inglés—no se si existe en otra lengua—que es muy interesante, y es la palabra «recreación». La palabra «recreación» generalmente quiere decir ocuparse en actividades placenteras; cuando estamos cansados, buscamos «recreación». De modo que la idea de recreación generalmente significa el alejamiento de la monotonía diaria, ir a la naturaleza y volver a sentir la alegría de vivir. Pero recreación es *re-creación*. Cuando salimos al campo nos re-creamos. Cuando contemplamos las estrellas y admiramos la belleza de la noche, recreamos nuestro propio ser. Cuando vamos a un concierto,

nuestros amigos pueden decir que es una recreación, pero nosotros tenemos derecho a llamarlo *re-creación*. Toda manifestación de arte es una recreación producida por la alegría, no por la agonía.

Es verdad que de nuestras penas podemos esculpir una estatua, darles la forma de una melodía o componer un poema; pero hay entonces poca alegría en nuestra creación. Más tarde o más temprano descubriremos que hay una sútil satisfacción en la creación cuando nos hemos libertado de nuestro mayor enemigo,—nuestro pasado—del cual surge un nuevo enemigo, el dolor. Nos espera una sensación de victoria, una sensación de alegría, si queremos ser teósofos no sólo de palabra, sino teósofos de hecho, es decir, aquéllos que se re-crean constantemente. En esa recreación hallaremos la alegría que viene de dentro, no una alegría que es el resultado de circunstancias externas, de grata camaradería, de cualquier cosa que el Karma nos traiga desde fuera, sino una alegría que brota de dentro.

Todas estas verdades, y muchas más, existen en esa Sabiduría que llamamos Teosofía. Mi mayor interés—uno de ellos al menos—es convencer a la gente que la Sabiduría es una Energía altamente creadora, no una cosa negativa, como un plácido lago que contemplamos, sino una gran Fuerza en acción, que está creando por medio de nuestros corazones y nuestra mente. Si nos hacemos uno con ese acto de creación de lo Divino, nos hacemos artistas.

Muchas veces al mirarnos, decimos: «Oh, no somos nada artistas; ¿qué cosa bella podemos hacer? Ah, si os unís en un espíritu de amor y ternura y deseáis ofreceros por completo a vuestro Ideal, descubriréis que Aquél, que es el Gran Artista, creará por medio de vosotros; y hará artistas de vosotros, los que no creéis ser artistas.

Hay muchas, muchas alegrías que nos esperan; y una de las mayores es saber que no somos simplemente gentes ordinarias, que sufren y padecen, sino seres que podemos hacer de nuestro mundo algo bello; bello para nosotros y bello para los demás. Una vez hayamos creado cualquier belleza, queda como parte del Universo Perfecto. La mayor alegría es dar algo, crear algo, que sabemos que es glorioso y bello. Podrá parecer que se desvanece en el espacio, pero sin embargo, vive en la eternidad. Así, pues, una sensación de paz, una sensación de fuerza, una sensación de alegría, puede llegar a todos nosotros si, tal como nosotros estamos ahora, nos dirigimos hacia dentro un momento y creamos alguna pequeña cosa perfecta. Entonces termina el Karma.

SECCIÓN AMERICANA

Dirigida por B. Checa Drouet

VIBRACIONES

Por Felipe M. Boisset
Lima-Perú.

La vida material es una amplia vibración estereotipada... La vida psíquica es una contínua vibración sutilizada... Este vehículo físico que poseo, este complejo material que me da la apariencia de una forma, la modalidad de un cuerpo sonoro para que en él pueda sentir las vibraciones de mi psiquis, de mi alma, no es más que una fuerza plasmada en la densidad de la materia, que estuvo inerte en la roca, palpitó en la planta, se sensibilizó en el animal, y más tarde se seleccionó en el hombre... En el hombre, que anhela al superhombre y al semidios, acaso como la roca en que latía el germen de esa vida que se metamorfoseó en el triple aspecto, en el triple reino que nos describen la mineralogía, la botánica y la zoología...

¿Qué vibraciones estupendas, insoñadas, brotaron de las reconditeces eternales de la Inmanencia Impalpada, para transformar la esencia de la Nada en el germen de toda vida?...

¿Qué poder, qué ley omnímoda e incomprendida dió lugar a que la onda vibratoria se detuviera en círculos concéntricos, abarcando espacios del Espacio sin límites, hasta producir el alumbramiento de esas vibraciones en las formas tangibles de los mundos y sus gamas de componentes, que no son sino realidades transitorias, momentáneas, en donde el sér se manifiesta según la capacidad de su conocimiento y la magnitud de sus experiencias?

* * *

En evos, en períodos inexpresables de tiempo, las grandes convulsiones cósmicas van produciendo miriadas de soles, de centros materiales de vida, que en radiaciones potentes llevan la propia esencia hacia otros mundos y hacia otras vidas que son como los cuerpos en que refractan la luminosidad de su fuerza vibratoria, hecha materia por la densidad períodica de esas mismas vibraciones...

Y esos soles, y esos mundos que palpitan radiantes en las inmensidades del cosmos, flotando sobre el éter cual navíos sobre un mar sutilizado... manteniéndose a temperaturas inverosímilmente altas, en oposición a temperaturas inverosímilmente bajas, dentro las lobregueces mudas del abismo sideral... moviéndose con velocidades fantásticas y a distancias humanamente remotas... ¿esos soles no son igualmente formas de vida en que se manifiesta la Inteligencia Suprema por medio de un cerebro de constitución diversa al del hombre; pero con la comprensión que le brinda una psiquis, un alma, de cuya existencia nos es dable dudar en la incomprensión, en la estrechez de nuestro cerebro físico, limitado por las vibraciones de un orden cercano a la animalidad del sér?...

* * *

Yo siento en mi cerebro las proyecciones del pensamiento que van a estereotiparse en las densidades sutiles de la vida psíquica, de la vida superior...

Yo siento el forjar de las imágenes en el yunque poderoso de la idea...

Y siento al par que esas imágenes van a golpear una parte de mis células cerebrales para quedar allí estampadas en el órgano de la memoria, tal como la imagen del objeto queda impresa en la placa fotográfica...

Y miro, con los ojos imprecisos de la visión introspectiva, cómo el pensamiento es materia... materia sutilizada por las vibraciones de onda intabulada que parten de mi psiquis, de mi alma, en un campo de vida en donde el universo infinito es capaz de mostrarse en el minúsculo recinto del invisible electrón...

Y siento entonces, y creo entonces, y afirmo entonces, dentro la relatividad de mi comprensión, que el pensamiento tiene también una forma que crea y le sirve de receptáculo, tal como el alma tiene otra forma que es creada y le sirve de vehículo... Para ésta, el cuerpo; para aquélla, la imagen... Pero ambas viviendo como exponentes de ondulaciones vibratorias de mayor o menor intensidad; de radiaciones que en la Vía Láctea son soles, y en el campo humano son almas: soles y almas provenientes de otra gran onda vibratoria que parte desde el sol invisible de la Eternidad...

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Sabiduría Antigua y Ciencia Moderna.—El misticismo y la ciencia van juntos. Eddington, dice en su gran libro «La Naturaleza del Mundo Físico»: «Si tratara de poner en palabras la verdad esencial revelada en la experiencia mística diría que nuestras mentes no estan separadas del mundo; que los sentimientos de placer y dolor y aun nuestras más profundas emociones no son de nosotros solamente, sino que son reflejos de una realidad que trasciende los estrechos límites de nuestra conciencia particular, que la harmonía y belleza revelada en la naturaleza es una en esencia con la alegría que se revela en la faz del hombre.»

La enseñanza de la «Unidad de la Vida» es en esencia la misma raiz de la enseñanza teosófica. ¿Quién ante la evidencia de hechos semejantes puede negar que la ciencia y la teosofía no van por un mismo terreno, y que tenemos, no solamente antiguas y espirituales, sino modernas y científicas bases para nuestras creencias respecto a la formación, estructura y naturaleza del universo?

The Australian Theosophist.

El Centenario de H. P. B.—En los días 11 y 12 de agosto próximos se celebrará en Adyar el centenario del nacimiento de H. B. P., la inolvidable Maestra y fundadora de la Sociedad Teosófica.

Por ser casi imposible el reunir a los más significados elementos teosóficos de todo el mundo este día en Adyar, se aconseja que cada Sección Nacional celebre el centenario en su propio país, deparando así la mayor oportunidad de dar a conocer al mundo la personalidad de H. P. B. y las sublimes enseñanzas e ideales por los que fué fundada la Sociedad Teosófica.

Además de las reuniones íntimas que cada Rama tenga es de esperar tambien la celebración de actos públicos como conferencias, artículos en los periódicos referentes a su personalidad, su vida de sacrificio, sus ideales, etc. etc. para que a través de la Sociedad que ella fundó se muestre al mundo una vez más el positivo valor de la Sabiduría Antigua, y para que cada simpatizante, cada miembro, cada Rama, cada Sección Nacional exprese su gratitud perpetua a la venerada Maestra y sea el abnegado y consciente colaborador de su obra en este mundo.

Este y Oeste.—En Nueva York ha sido abierta últimamente la «Academia Indu de América» domiciliada en el n.° 200, del West 57th Street.

El Sr. Fritz Kunz es su Secretario organizador a quien secundan otros distinguidos teósofos. El Director de Estudios e Investigaciones es Pandit J. C. Chatterji, bien conocido en América por las conferencias que dió en las Logias Teosóficas hace unos veinte años y también por su precioso libro titulado «La Filosofía Esotérica de la India».

Tambien será recordado P. Chatterji por su colaboración con Mr. G. R. S. Mead por traducir juntos varios de los Upanishads. Cursos de conferencias sobre filosofía, psicología y arquitectura de la India están ya anunciados por la Academia, como también dos cursos en Bengali y Pali. Una nueva producción de Pandit Chatterji, «India's Outlook of Life», ha aparecido recientemente, con una introducción del Prof. John Dewey. Esta producción es ya muy apreciada por los autores de América.

Esta nueva actividad, la de fomentar públicamente la filosofía Indu en la América del Norte, tenderá hacia una más amplia comprensión entre el Oriente y el Occidente.—*The Theosophist.*

Reunión de Sociedades Teosóficas en el Día del Loto Blanco.—En Hollywood se organizó un comité compuesto por miembros de la S. T. de Point Loma, United Lodge y Sociedad Teosófica de Adyar para conmemorar juntos el Día del Loto Blanco, 8 mayo, aniversario de la muerte de H. P. B.

Mr. Orme y el Dr. de Purucker debían asistir en representación de Point Loma, Mr. Warrington, Vice Presidente de la S. T. de Adyar, y Mrs. Marie Hotchener, editora the World Theosophist de California, en representación ambos de la S. T. de Adyar.

Esta reunión—dice the W. T.—tiene particular significado ya que muchos miembros creen que este año por ser el centenario del nacimiento de H. P. B. debiera ser especialmente fecunda en demostraciones de fraternidad entre las distintas Sociedades Teosóficas existentes actualmente en el mundo.

La esperanza de que una Liga o Federación de Sociedades Teosóficas fuese llevada a cabo fué expresada por la Dra. Besant en el Congreso de Ginebra, por el Dr. de Purucker en California y por Mr. Kingsland en Inglaterra. A esta esperanza se une el anhelo de un gran número de teósofos del mundo entero de que en un porvenir no lejano sea posible su total realización.—*World Theosophist.*

Conferencia interesante.—En ocasión de su visita a Barcelona, el Dr. J. A. Verweyen, Secretario General de Alemania, dió en el local de la Rama Arjuna de esta ciudad una interesantísima conferencia titulada «Teosofía y cultura», de la cual a ser posible daremos un extracto en nuestro próximo número.

Hombre extremadamente simpático, teósofo entusiasta y trabajador infatigable, el Dr. Verweyer dejó entre nosotros sinceras amistades y gratos recuerdos que serán otros tantos lazos fraternales de los que tan necesitada está nuestra sociedad.

Inauguración de una Rama.—El día 24 de mayo próximo pasado, en la ciudad de Palma de Mallorca, tuvo lugar la inauguración de la nueva Rama de la S. T, denominada «Rama Llull». El acto fué presidido por el Secretario General de la Sección Española Srta. Esther Nicolau, quien se trasladó a Palma acompañada de los hermanos Villard, Torra y Vía.

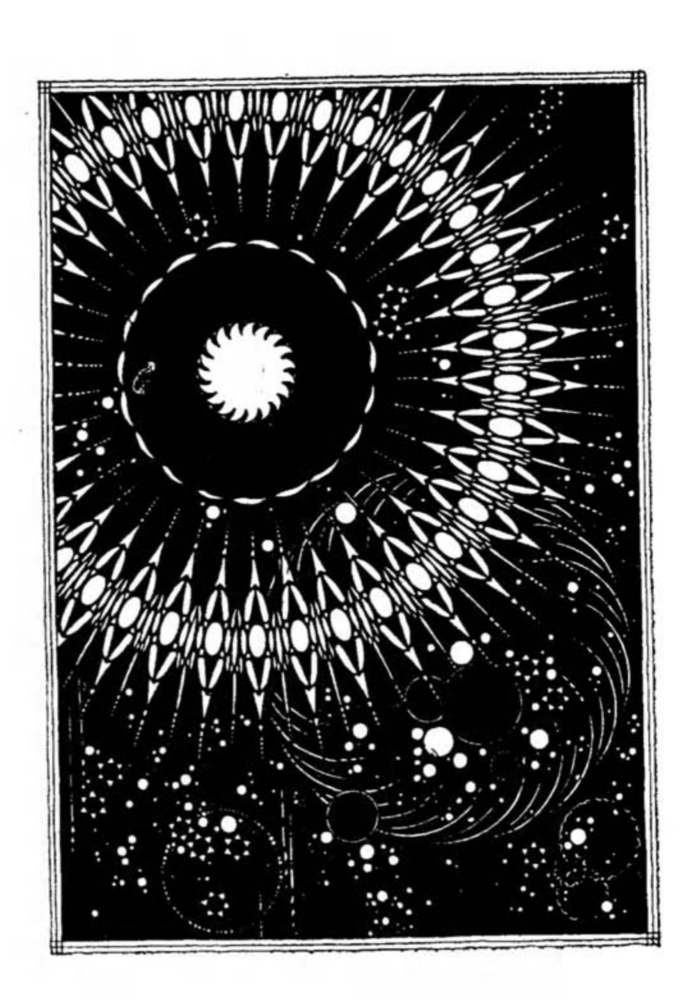
La nueva Rama es fruto de la activa labor del incansable propagandista don J. Torrandell, quien ha logrado dar forma oficial a la S. T. en la capital insular, ciudad que, hasta hoy, había estado sometida a las influencias absorbentes del catolicismo romano.

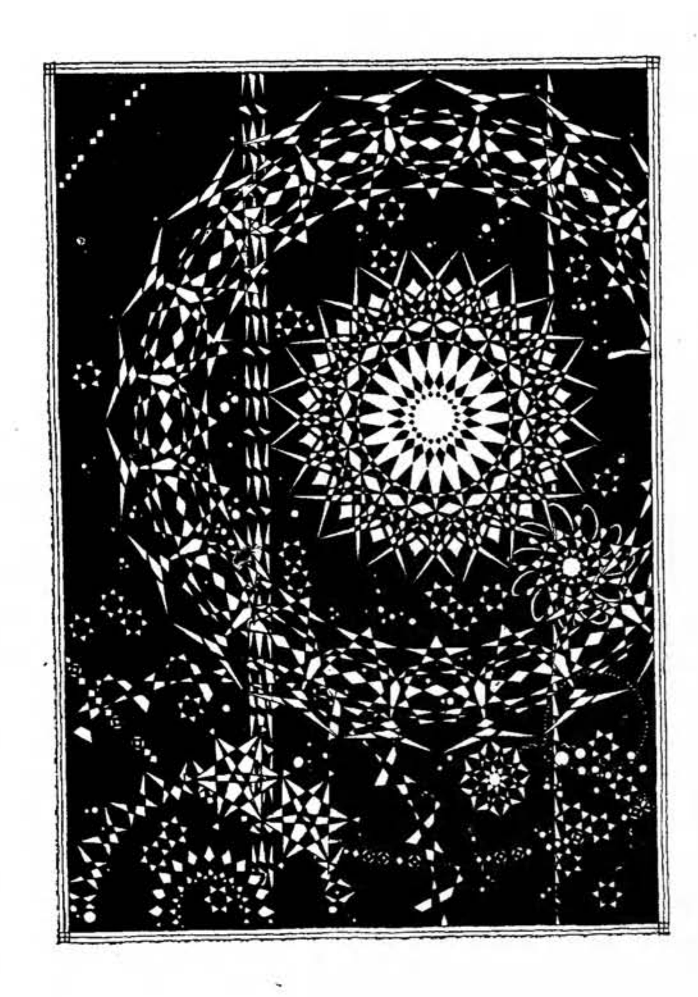
Ha sido nombrado presidente de la Rama «Ramón Llull» don Francisco Seguí, distinguido escritor y poeta balear, y antiguo miembro de la S. T.

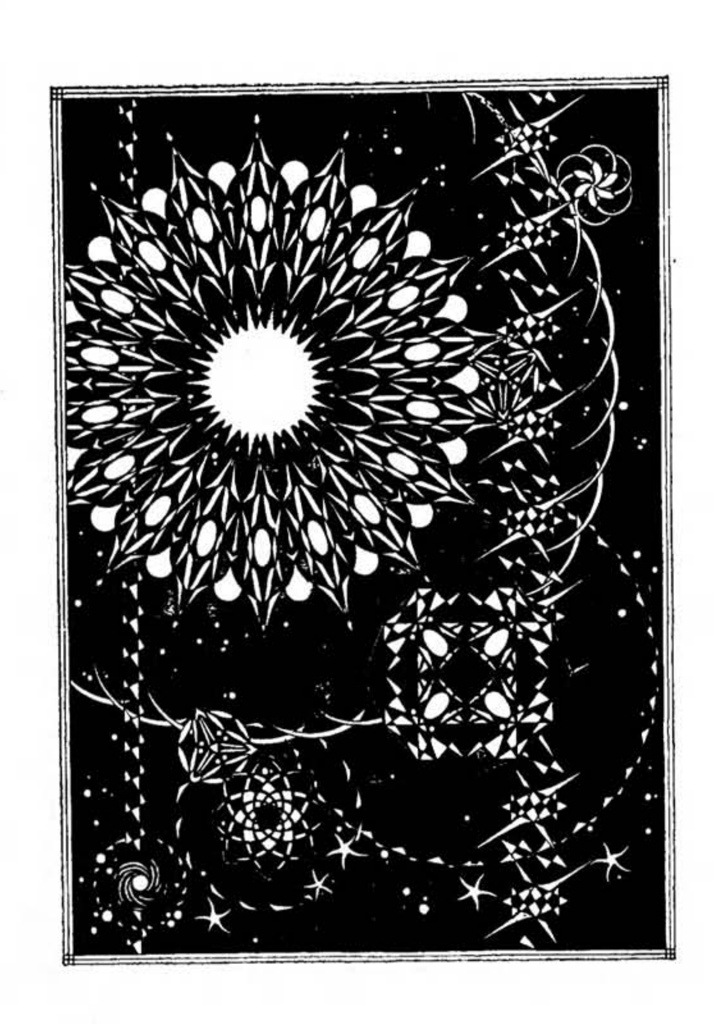
Debemos hacer mención de la especial solicitud con que el Ateneo de Palma ha albergado, y sigue albergando todavía, al naciente movimiento teosófico en dicha ciudad.

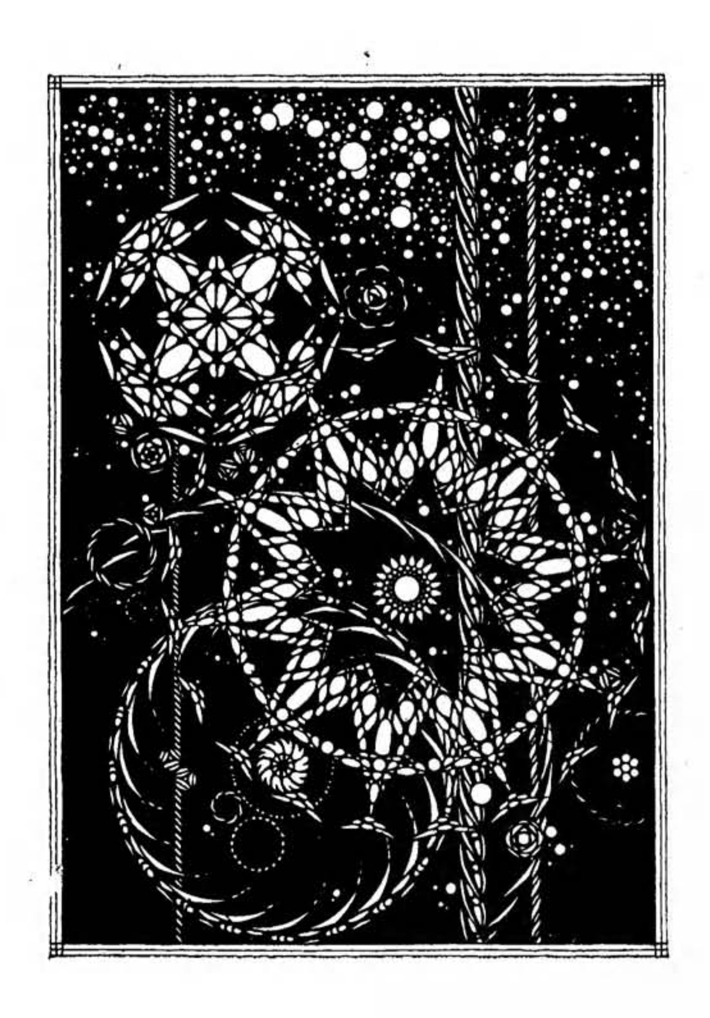
A LOS SUSCRIPTORES: Terminada la publicación de la obra «Lámparas antiguas para lo nuevo», *incluimos en este número las cuatro láminas que han de figurar en ella. En lo sucesivo, en vez de editar otra obra, aumentaremos el texto de la revista en cuatro páginas.*

Imprenta de Juan Sallent.—San Quírico, 32 y Jovellanos, 26 al 28. — Sabadell









eosofía y Sociedad Teosófica

palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una n y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión ; es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que cons el fondo de todas ellas.

adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios es su ritual.

s miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo o y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Ver- onde quiera que se halle.

tudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la pción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema ado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti dharmah)*.

a Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar gna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la dera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

yudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, dir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáintolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor rnal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de per- ión muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un emidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, a 17 de Noviembre de 1875, por la venerada H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, yo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, e está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápida- te por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, ncia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios e otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en ombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee resar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; o en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creen- s de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo vilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogs peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opi- ón, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la ciedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para mar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opi- nes a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de to y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios nfligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los mbros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de rtad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía onsideración a los demás.